

La Ilustración Artística



Año XV

← BARCELONA, 3 DE FEBRERO DE 1896 →

Núm. 736



ESTATUA DE SHAKESPEARE,
obra de Mac-Monnies, destinada á la Biblioteca Nacional de Wáshington

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Sportman, sportmen y «sporment»*, por Emilia Pardo Bazán. — *La Venus de Milo*, por R. Balsa de la Vega. — *A Cuba. Apuntes de un reservista*, por Juan Buscón. — *Crónica de Arte*, por R. Balsa de la Vega. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *En busca de un ideal*, novela original de Juana Mairé, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El suero equino fisiológico en el Hospital de Niños Pobres de Barcelona*, por X.

Grabados. — *Estatua de Shakespeare*, obra del escultor Mac-Monnies. — *El famoso pintor inglés Federico Leighton.* — *La Venus de Milo.* — Grupo de reservistas expedicionarios. Distribución de socorros. — A bordo del transatlántico. — Aspecto de la cubierta poco después de zarpar el buque. — *Un viajero molesto*, dibujo de S. Begg. — *Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler.* — *Guerra de Cuba. Tropas españolas en el momento de pasar lista en Colón.* — *Nodriza cariñosa*, cuadro de A. Waterlow. — *Crepúsculo vespertino*, cuadro de Luis Apol. — *El teniente general Excmo. Sr. marqués de Ahumada.* — *El eminente hombre público M. Carlos Floquet.* — *El doctor Vidal Solares*, director del Hospital de Niños Pobres de Barcelona. — *El suero equino fisiológico.* — Retrato de un niño después de sometido a las inyecciones del suero fisiológico. — *Habitantes del Transvaal en marcha hacia las minas.*



El famoso pintor inglés Federico Leighton, fallecido en 25 de enero de 1896

A las pocas semanas de haberle elevado el gobierno británico a la dignidad de par de Inglaterra, ha fallecido en Londres sir Federico Leighton, el pintor de universal renombre, la figura más grande del arte inglés contemporáneo. Aquel nombramiento, hecho a fines de 1895, coincidió con el jubileo del artista, es decir, con el quincuagésimo aniversario del comienzo de la carrera en que tan brillantes triunfos ha conseguido.

Leighton, descendiente de una noble familia, nació en diciembre de 1830, y a los quince años, hallándose en Francia, resolvió dedicarse a la pintura. En 1855, después de haber estudiado en Roma, Berlín, Francfort, Florencia, Bruselas y Viena, presentó por vez primera en público exponiendo su lienzo *La procesión de la Madona de Cimabue recorriendo las calles de Florencia*, que fué muy admirado y que adquirió la reina Victoria. En 1864 fué elegido asociado de la Real Academia de Londres, en 1869 miembro de número y presidente en 1878.

Leighton era además excelente escultor, admirándose en todas sus obras escultóricas la maestría con que supo unir los conceptos de verdad y de belleza. Poseía multitud de idiomas, era orador de fácil y elocuente palabra y su caballerosidad y amable trato conquistabanle en seguida las simpatías de cuantos le hablaban.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SPORTMAN, SPORTMEN Y «SPORMENT»

Aun cuando no falta quien todavía ande renegando de los estilos franceses, la verdad es que si del Oriente vino la luz, de las regiones semipolares viene la moda ahorita mismo. Ha empezado lo británico por la chiquillería (los *babies*, para decirlo en frase ortodoxa) y ha ido subiendo hasta los hombres hechos, derechos y bien barbudos. Las señoras son las que más se defienden de la invasión. Guardan el culto de Francia, permanecen fieles al trapo gracioso, a la instalación ingeniosa, a los hábitos finos, a la molición, a inmaterialidad de la mujer latina: luchan contra el *beefsteak* sanguinolento, contra el zapato duro, contra el paño recio, contra la polaina, contra el sombrero gacho, contra la equitación y la caza y la bicicleta y el patinaje; en suma, contra todo lo que constituye esa manera de ser a la vez hombruna é insípida que se llama *sport*.

La insipidez del *sport* consiste en que propende a fomentar y desarrollar la vida física amortiguando la actividad del cerebro. Yo no censuro el ejercicio, antes soy su decidida partidaria: sólo que lo estimo como *medio*, jamás como *fin*. Esta existencia que hemos recibido de Dios las pobres *cañas pensadoras*, según frase de Pascal, debe de tener algún objeto superior al de que *Bob* (anglonormando puro) adelante en la pista a *Giaour* (mixto de árabe), ó al de que el *yacht Nightingale* gane unas cuantas brazas de ventaja al *yacht Dove*. No es reprochable (¿qué ha de ser?) todo ese traqueteo y esos afanes que siempre paran en ir más aprisa, más aprisa, como si la corriente del tiempo no nos empujase con harta velocidad al obscuro

abismo de la muerte. Sin embargo, que un hombre de bien no llene más fin trascendental que *batir el record* (manes de Cervantes, huíd despavoridos), páreceme algo humillante para el rey de la creación.

Leemos en muy respetables autores y encontramos en el archirrespetable *Génesis* que las especies animales han sido criadas por el Autor del universo, con el encargo de servir al hombre. En nuestra época hemos variado de estilo, y animales vemos por ahí que son servidos, regalados y mimados y hasta tiernamente besados por sus dueños, en premio de que, teniendo cuatro patas, hicieron la gracia y el milagro de moverlas. Nuestra época, que posee la sal de Dios para inventar nombres, ha discurrido este, delicioso: *hombres de caballo*, que son los que se pasan lo más florido de la mocedad y lo más achacoso de la vejez pendientes del rabo de un *poney* ó pensando en suprimir dos centímetros de cuero en las guarniciones del *tandem* que guían...

Ningún escritor pedagógico, es cierto, ha dejado de recomendar los viriles juegos que por *sport* se conocen. ¡Es bueno, es excelente, montar, cochar, cazar, *alpinistear*, correr, remar y hasta bailar la mazurca!, con tal que no se haga una religión de estas habilidades. Conviene tener músculos, y también seso; conviene andar, y no conviene menos pensar y discurrir. Una cosa debe decirse en detrimento del *sport* tal cual hoy se practica en España: y es que no da frutos (ó no los vemos). Ni robustece los cuerpos — pues pone grima contemplar á esos consabidos *sportmen*, — ni las voluntades — pues no salen por ahí varones de gran resolución ó iniciativa, ni que en las calzas prietas, verbigracia, de un duelo sepan quedar con lustre, — ni engendra virtudes patrióticas — pues á fe que en Cuba no pululan los voluntarios del *sport*.

Debe reconocerse que esta moda, lo mismo que otras muchas, está prendida con alfileres. No constituye entre nosotros una pasión nacional; no viene de la entraña de nuestro ser. Excepto la bicicleta, el más barato, el democrático, bien podemos decir que los demás *sports* no arraigan: me refiero á los modernos, á los importados. Claro está que el español no necesitó las auras del Támesis para montar soberbios potros, cazar, correr liebres, tirar á la barra, jugar á la pelota y á los bolos, y nadar como un pez en los puertos y en los ríos. Guiar ya no era tan común, y se solía dejar á los cocheros este cargo; el *yachting* y la boga fueron patrimonio de la gente de mar, y no obstante, señoreamos el Océano cuando nuestros magnates no tenían *yachts*, pero sí flotas para el servicio de la patria; el alpinismo se ignoraba, pero ¡flojas marchas las de nuestros tercios, y apenas si les sobraba coraje á los soldados españoles para desalojar de sus posiciones al enemigo, gateando monte arriba, aunque fuese por el filo de un cuchillo ó por las mismas nubes!

En suma, el *sport* es una moda á que sólo rinden tributo los muy desocupados, los millonarios, ó los que viven como si lo fuesen. Cuando se verifiquen en Madrid carreras de caballos, trataré de describir el frío, el aburrimiento que en ellas se respira. Será un cuadro de tintas grises, donde sólo se destaquen los colores crudos del traje de los *jockeys*. No he visto diversión que menos divierta, ni que le sea más indiferente á la multitud. Todo el regocijo de los toros es en las carreras incuria y caimiento. España no se ha enterado del *sport* hípico. En cuanto al alpinismo, los que subimos á las montañas no más que por el gusto de subir y de respirar aire purísimo, constituimos una excepción algo tildada de extravagancia. Por lo que hace al *tennis* y al *foot ball*, quien los ha visto jugar en Inglaterra no los conocerá en España. Se diferencian como un vals de un *minuet* empolvado y encasconado, ó como un fandango de un entierro. Aquí falta el *entraînement*.

¿Qué se deduce de lo expuesto? Que en España no hay *sportmen* al estilo inglés, ó por lo menos sigue habiendo los que hubo desde el año de la nanita; los buenos acosadores de osos, los corredores de liebres, los jinetes gallardos, los diestros y firmes honderos, de quienes procede el *pelotari*... La exactitud de mi afirmación se demuestra con sólo reparar cómo y á quiénes dan los diarios ese nombre de *sportmen*, que muchas veces desfiguran grotescamente y usan en plural cuando debe ser en singular, de suerte que leemos párrafos del tenor siguiente: «Ayer han contraído matrimonio en la capilla del Desengaño la bellísima señorita de Angulez y el conocido «sporment» vizconde de la Riendalarga. Deseámosles una eterna luna...» y lo que sigue. ¡El nombre es tan peregrino aquí como la entidad á que se aplica! Crean ustedes, apenas hayan fijado los ojos en el párrafo relativo al consabido desposorio, que ni el novio es *sportman* ni es cosa alguna, y que por no saber qué calificativo soltarle le han soltado ese.

Si; por regla general, de cien casos en noventa y nueve, cuando hay que llamarle *sportman* á un hombre, es que no se le puede llamar ninguna otra cosa de este mundo. Si yo perteneciese al sexo que desempeña todos los cargos, puestos y oficios, me enfurecería con quien me dijese *sportman*, que sería tanto como decirme en buenas palabras ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia ó berruga social. Al poner á alguno de *sportman*, en la mente del periodista se ha enlazado esta serie de razonamientos: «Tenemos á un *punto* que ni lee, ni escribe, ni esculpe, ni labra la tierra, ni lleva la contabilidad de una casa, ni siquiera tornea de afición... ¿Qué diablos le pondré? El *acaudalado*... No, porque consta que no tiene un real partido por medio. El *inteligente*... No, porque se reirían hasta los guardacantones. El *simpático*... Suena mal la palabreja. ¡Idea salvadora! Creo haberle visto una vez en las carreras de caballos y otra en la contrabarrera de la Plaza... Además lleva las levitas bien cortadas y á la última... Hágote *sportman*.»

Este raciocinio por exclusión es sin género de duda el que dió origen á que aparezca entre nosotros la casta nueva de los *esportmen*, que podrá, vista de muy lejos, desde Inglaterra, pongo por caso, hacer cierta ilusión, y figurar que el britanismo ha cundido y puesto su silla en España.

A pesar de que creo que el *sportman*, hoy por hoy, es algo como un ente de razón entre nosotros, no he de negar que existen, en corto número, eso sí, los *hombres de caballo* y hasta los *hombres de cuadra*. Hay en Madrid quien no vive ni respira sino para sus coches, troncos, caballerizas y guadarnés. El año se les va á estos pocos en meditar cómo sacarán, en las próximas carreras, el más lucido tren, el *mail* más nuevo, las libreas más genuinas. Todo cuanto se oye por ahí de lo que varían sus atavíos las mujeres, es flor de cantueso para lo inconstante de la moda en caballos y coches. Una hebilla diferente, un botón plano ó redondo, un resorte más ó menos, son delitos de lesa moda en esto de carrocería. Trenes que á primera vista nos parecen magníficos á los profanos, están para los inteligentes muy anticuados y feos, y reconozco con humildad que me puse colorada de haber elogiado una (á mi entender) preciosa carretela á la gran Daumont, con sus bonitas libreas de raso y sus blancos peluquines, cuando vi la suma de solecismos y de errores que había en la tal carretela, según el parecer de los peritos y maestros en tan arduo asunto.

¡Guarte sobre todo, si no sois profesores, con alabar á los caballos! Un caballo de lujo es como una mujer hermosa: que por hermosa que la supongáis, ha de tener, á la fuerza, alguna falta, sobra, maca ó tacha esencial, si ya no es que tiene una docena. Si se os ocurre decir primores de un caballo y no añadir que hay este pero y aquella manzana, ya os habéis caído del pedestal. Además, un caballo de lujo es (también como una mujer extremadamente bella) objeto delicado, frágil, que demanda cuidados exquisitos. El dueño de un tronco de mérito y precio no puede usarlo sino para ir por ciertas calles, siempre las mismas, con un itinerario fijo como el de la procesión del Corpus, sorteando ciertas cuestas, evitando la mayor parte de las calles, observando de qué lado sopla más fuerte el Guadarrama, para que los nobles animales no expongan á él su pecho húmedo de sudor. Para los usos y necesidades de la vida, las tiendas, el club, las casas de los amigos, el teatro, etc., hay otros troncos, de resistencia y utilidad. Estos tan estimados sólo son de aparato y respeto, como las camas de *parade*, pues se les mira lo mismo que si fuesen los bridones que Júpiter uncía á su carro, y

...cuyas crines
oro resplandeciente parecían,
y duro bronce el casco sonoro;

ó más bien aquellos otros por siempre memorables,
que guiaba Automedonte, cochero de Aquiles,

...Janto y Balio
que en correr á los vientos igualaban,
del Zéfiro nacidos y la Harpía
Podarga, que del mar en la ribera
pacía descuidada, cuando vista
por el Zéfiro fué...

¡Ah! Los sacros caballos de la *Iliada* servían para ganar batallas...

De plata y diamantes herraríamos ahora á los bridones que nos prestasen igual servicio, en vez de lucirse dando un paseito por determinada acera de determinada calle de Madrid.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VENUS DE MILO



LA VENUS DE MILO

3 de febrero de 1820

Célebre estatua de la mejor época de la escultura griega, atribuida por algunos críticos a Fidias

Llábase de Milo por haber sido encontrada en la isla de este nombre, perteneciente al archipiélago de las Cíclades.

Todavía, dice un viajero, las mujeres de esta isla recuerdan fuertemente los rasgos principales del tipo de belleza que inmortalizó en el mármol el cincel griego. De líneas puras y enérgicas, de grandes y rasgados ojos, poseedoras de hermosa y espléndida cabellera dispuesta en derredor de la frente como elegante corona, las jóvenes de Milo son dignas de ser admiradas. Mas no dura mucho tiempo la admiración que su belleza causa en el ánimo del extranjero que por vez primera las contempla; sujetas á la esclavitud en que vive la mujer en Oriente, tan pronto como observan que se las contempla, se levantan del lugar donde se hallen sentadas (comúnmente lo están en la puerta de sus viviendas) y desaparecen en el interior de la casa. De otro modo sufrirían cruel castigo por parte de sus padres, hermanos ó esposos.

Como las hijas de Caria, las de Milo, por vicisitudes de las contiendas perennes que mantenía la lucha del predominio sobre la Grecia Antigua entre Atenas y Esparta, hubieron de participar del terrible castigo impuesto á ambas islas por los atenienses en distintas épocas. Además de arrasadas sus poblaciones y de sumidos sus habitantes en la mísera condición de esclavos, ordenóse que las jóvenes no pudieran negarse á servir en los talleres de los Fidias, Alcámenes y Praxiteles para el oficio de modelos. Así pues, á tal ley, que si tenemos en cuenta el amor religioso con que el griego adoraba el arte, no tenía nada de particular, como imposición hoy y siempre ha de considerarse humillante, débese poder admirar aquellas hermosas estatuas del pórtico del Erecteón denominadas *cariátides* y la famosa *Venus de Milo*.

Este hermosísimo trozo escultórico, declarado sin igual por artistas y críticos, fué descubierto el día 3

de febrero de 1820 en la isla de Milo. Descubriólo un labriego que araba un campo de su propiedad, situado á medio kilómetro de las ruinas del teatro. A la sazón del hallazgo, viajaba por el archipiélago el teniente de navío de la marina de guerra francesa M. Dumont-d'Urville, quien entrado de la nueva por las autoridades turcas, fué á ver la estatua. De su visita é impresión hizo una memoria que, leída por el embajador de Francia en Constantinopla marqués de Riviere, hizo que éste dispusiera que el secretario de la embajada intentase los medios posibles para adquirirla.

Las autoridades de la isla se opusieron tenazmente á que la Venus pasara á poder de extranjeros; sin embargo, en fuerza de constancia, de recurrir á toda clase de artes diplomáticas y últimamente hasta á las amenazas, el dicho secretario obtuvo la cesión. Pero en el día mismo que M. de Marcellus llegaba en busca del preciado tesoro, éste lo embarcaban en un barco turco por orden del príncipe Morosini, intérprete de la Sublime Puerta. Ya en Constantinopla, las negociaciones del diplomático francés fueron más rápidas y decisivas, y Francia obtuvo mediante una fuerte suma la estatua, que hoy guarda en el museo del Louvre.

* * *

Creo innecesario describir esa obra sublime del arte griego. La reproducción que ilustra esta efeméride da una imagen exacta de la celebrada Venus; mas juzgo de interés ofrecer aquí un extracto de cuanto se ha dicho y su puesto respecto de lo que representaba.

Fundándose en el movimiento de los muñones de los brazos, que indica que el derecho estaba bajado y el otro tendido, algunos críticos y anticuarios dicen que debía formar parte de un grupo parecido al de *Venus y Marte* que, grandemente mutilado, se conserva en el Museo de Florencia. En este grupo, la diosa, á la que envuelve un paño en parecida disposición al de la *Venus de Milo*, apoya el brazo derecho en la espalda de Marte y con la mano trata de apoderarse de la correa de la cual lleva suspendida la espada del dios de la Guerra. Otros investigadores suponen, por la dirección de la mirada, que la dirigía á otra figura emplazada delante de ella y á alguna distancia; por último, otros creen que la *Venus de Milo* no fué nunca más que una sola estatua.

Aceptada esta última suposición, falta saber el objeto que tenía, lo que representaba. Sabidas son las infinitas advocaciones que la Astarté Fenicia tuvo en Grecia. Desde el primitivo símbolo, una piedra cónica, hasta la Venus de Gnido, *summum* de la belleza femenina puramente sensual, el mito de Venus obtuvo representaciones plásticas y religiosas sin cuento. Así pues, cuéntanse *Venus afrodita* (de los helenos), *Venus generatrix*, *Venus victoriosa*, *Venus marina*, *Venus Ilópvn* (lo dejaremos en griego por razones de moralidad), *Venus celeste* y otras más que de apuntarlas aquí formarían nomenclatura larguísima. A ninguna de esas representaciones cuadra la figura *Venus de Milo*. La gravedad y majestad de su semblante, la casta línea de su torso, el reposo de la actitud, la mirada dirigida á lo lejos, todos estos detalles y condiciones plásticas de la figura, como asimismo la indumentaria de ella, son bastantes á sumir en un mar de confusiones á cuantos peritos en estas materias arqueológicas han pretendido asignarle una representación definida.

Quizá algún día pueda llegarse á encontrar la solución de este enigma artístico-arqueológico, el cual todavía preocupa á una porción de sabios; pero mientras tanto siguen las conjeturas; y por ahora parecen más cercanas á la verdad las de aquellos que creen que la Venus formaba parte de un grupo. Fúndanse en que, además de lo ya expuesto arriba, la correc-

ción del modelado y la misma ejecución, aparece fatigosa ésta, y aquélla menos correcta por la parte del torso, que corresponde al brazo levantado, que al otro. Y sabido es de los que entienden de achaques de escultura, que nunca se atilda y apura la labor en una estatua por la parte que haya de ocultarse á la vista del que la contempla, ó por lo menos de hacerse menos visible, bien la oculte un objeto decorativo, bien otra figura, que por aquellos otros puntos de vista completamente descubiertos.

Por la sencillez y elegante severidad de los paños, como por la fineza y al propio tiempo enérgica corrección de la línea, y muy especialmente por el tipo fisonómico, amén de lo exquisito de las proporciones totales de la estatua, puede afirmarse que pertenece á la época de Pericles, y por lo tanto, á mano que recibiera muy de cerca las enseñanzas de Fidias, si no al mismo Fidias, como supone Gauthier. Algunas veces al contemplar la hermosa reproducción que de la Venus poseemos en nuestro museo de la calle de Alfonso XII de esta corte, viénesse á mi memoria el busto de Aspasia esculpido por el gran escultor de los frisos del Parthenón. Recordad el óvalo del rostro de la cortesana griega, y sobre todo, la parte que comprende la frente y los ojos; recordad la línea de la nariz, y veréis el parecido grande que existe entre la diosa y la que fué mujer de Pericles; y si ahondamos en nuestro estudio de comparación y análisis, podemos advertir también el parecido en la expresión. Y si efectivamente la *Venus de Milo* formó parte de un grupo y este grupo era análogo al del Museo de Florencia, ¿sería inverosímil la hipótesis de que bajo las representaciones de *Venus y Marte* hubiese esculpido Fidias á Pericles y á la que primero fué su amante y después su esposa? Mas sea lo que quiera y represente lo que represente, digamos con Gauthier: «La grandeza de los planos, la nobleza sin exageración, la mezcla de ideal y de realidad encarnada en aquellas proporciones las más hermosas, la delicadeza de las líneas que en nada disminuye la firmeza de ellas, los íntimos detalles del natural que revelan á la mujer en la diosa, el grano de la epidermis que conserva todavía el mármol, la flor de la vida que á través de tantos siglos transcurridos aparece fresca y lozana, declara todo esto que la *Venus de Milo* pertenece á los mejores tiempos de Fidias, si no á Fidias mismo...» «Los más grandes é ilustres escultores contemporáneos se detienen con reverencia ante esta obra sublime, que siempre les enseña algo nuevo»

«Al lado de la *Venus de Milo* — dice Planche, — la de *Médicis* y la de *Capua* no son más que figuras de mérito secundario.»

R. Balsa de la Vega

A CUBA

(APUNTES DE UN RESERVISTA)

Alea jacta est..., como dice el maestro de escuela de mi pueblo; el mismo que quería hacer de mí todo un hombre, asegurándome que con la instrucción que me iba dando llegaría yo á ir muy lejos.

Y no se engañaba en sus pronósticos el bueno del Sr. Pérez García: muy lejos estoy en camino de ir: á Cuba nada menos. Eso sin perjuicio de que una vez me envíen aquellos condenados mambises — y si no son los mambises, el vómito ó las fiebres — mucho más lejos todavía.

En fin... ¡Qué le hemos de hacer!.. Parece que la patria necesita de mí, y no es cosa de negarse. Las cosas toman muy mal cariz por allá, y por lo visto yo puedo contribuir un poquito á arreglarlas. Así me lo ha indicado ha un momento un caballero muy gordo y bien trajeado, tan reluciente de cara como de chistera, que nos ha echado un discursito y nos ha repartido unos pitillos.

Su charla se me ha antojado que era buena: será hablador de profesión; en cambio su tabaco, el que nos ha dado, era muy malo. Sea dicho sin querer ofender á nadie. No importa: Dios le pague al tío esas sus bondadosas intenciones.

Acaban de repartirnos el socorro.

Desde unos días acá nadamos en la plata. Además del dinero que nos da el gobierno en pago de nuestras virtudes cívicas y militares, hay almas caritativas que nos abruma con sus donativos.

Desde que me puse en camino, saliendo de mi pueblo, hasta este momento en que voy á embarcarme, he realizado, gracias á esas distribuciones particulares, siete pesetas y media, que con las diez que de sus pobres ahorros me regaló el buen Pérez García — un maestro á quien por raro fenómeno casi lle-

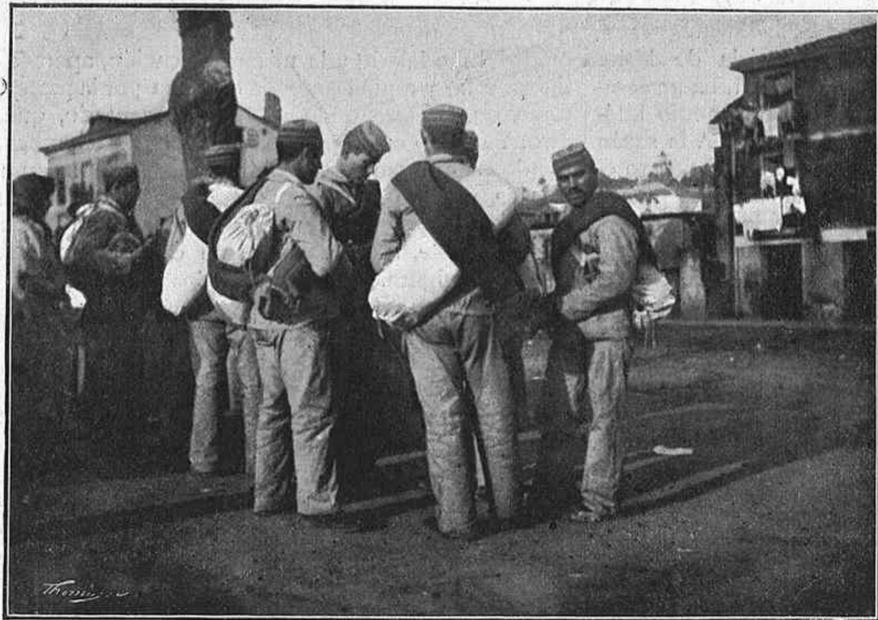
Sin embargo, en ciertos momentos no puede uno abstenerse de reflexionar, aunque las reflexiones hagan el mismo efecto en el alma que una compresa de vinagre sobre una llaga.

¡Pensar que cumple ahora un año justo y cabal que me encontraba en mi tierra, al lado del señor Pérez y de su sobrina, esperando la llegada de aquella bendita credencial que había de permitirnos el casorio á Paca y á mí! Una vez empleados y casados — las dos cosas tenían que ser simultáneas, — nos habríamos trasladado á la ciudad, ¡y tan felices!

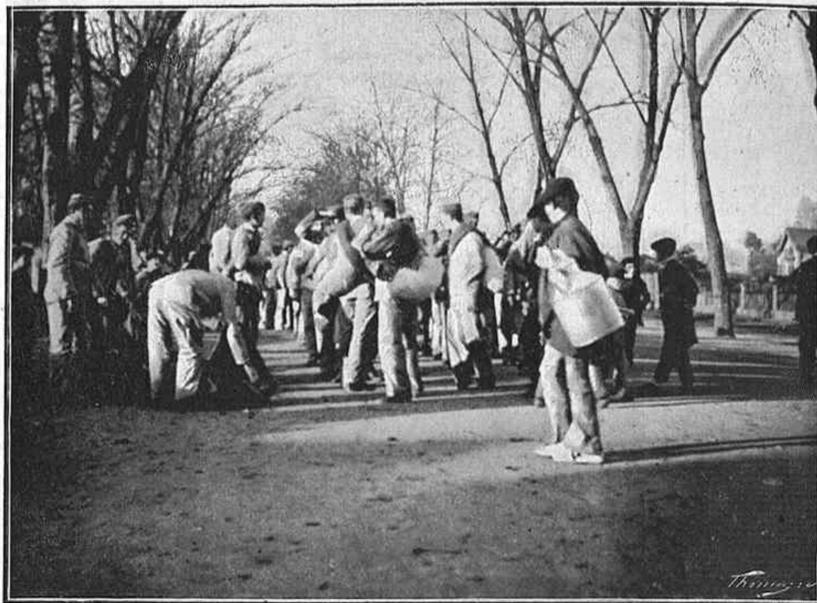
pués... eché á andar, y aquí me tienen España y el general Martínez Campos para lo que gusten mandar.

Sí, realmente tenía razón el digno Pérez García: vale más dejar en tierra á una novia que á una esposa.

Entre los reservistas que van conmigo hay algunos que son casados y á quienes les duele hasta las entretelas el hacer rumbo al Nuevo Mundo mientras sus *cuyas* legítimas se quedan en el viejo. ¡Y no es poca la diferencia que va, en actitud y marcialidad, de ellos á nosotros, los solteros!..



Grupo de reservistas expedicionarios



Distribución de socorros

gan á pagarle sus haberes — suman tres duros y medio justos y cabales.

Con menos se embarcaron otros para la Habana. Si concluye la guerra en bien, como así confío, me quedo en aquellas tierras, y con mis economías y mis *pluses* me compro un ingenio.

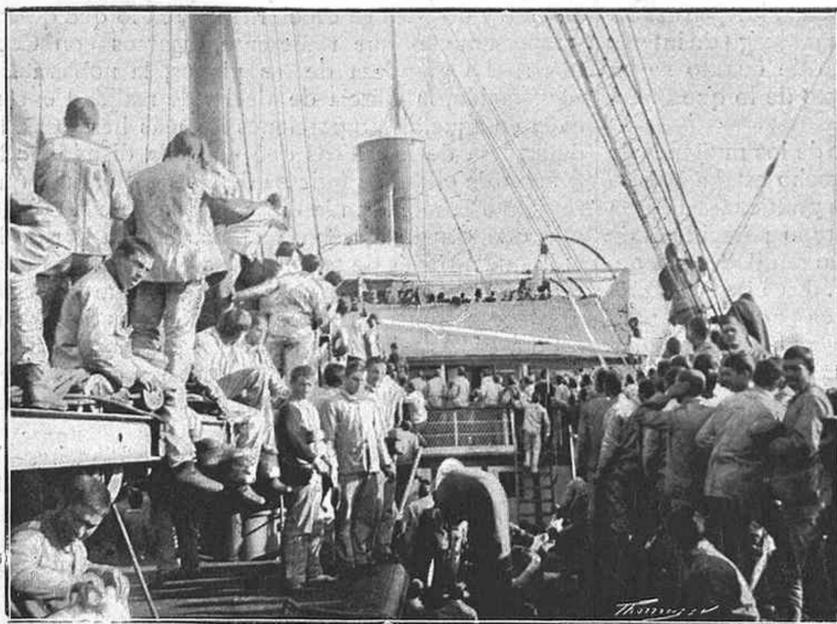
Irán esos, es decir, los ingenios, poco menos que regalados, después de un zafarrancho como el que

Hablando de nuestros proyectos pasamos las Navidades, mirándome yo en los ojos de ella y ella en los míos, aunque me esté mal el decirlo. ¡Y qué poco nos acordábamos Paca y yo de la perla de nuestras Antillas, de esa Cuba tan preciada, por la cual me van quizás á reventar uno de esos días!..

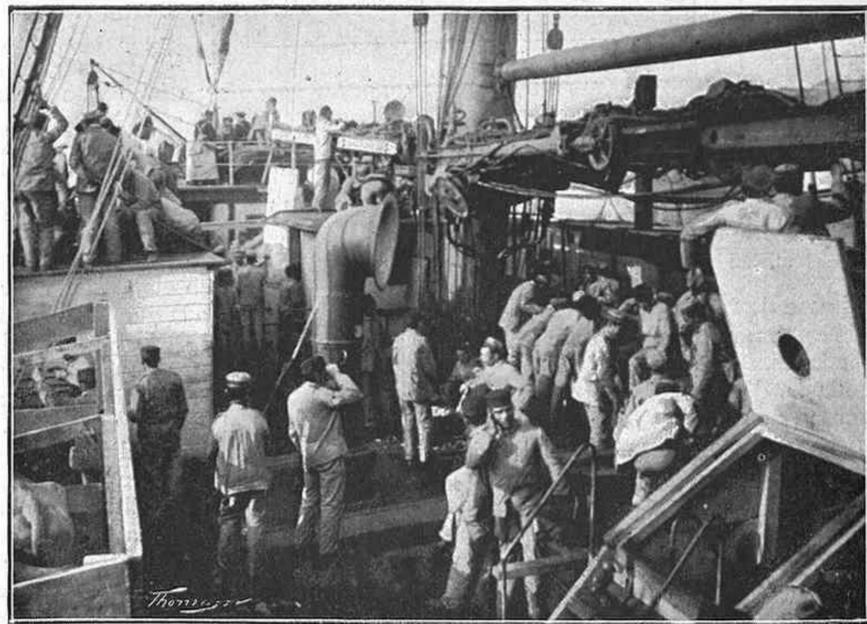
Hablando de nuestro cariño y de nuestros proyectos se nos pasaban las semanas, esperando el nom-

Echo una mirada en torno mío, sobre los grupos de los expedicionarios, y á primera vista conozco yo á los que además de la mochila y del fusil llevan la cruz del matrimonio. ¡Pues no se conoce en seguida el fenómeno!

Ahí á mi derecha tengo un cuarteto de casados. ¡Qué mustios están, aunque se empeñen en sacar fuerzas de flaqueza!.. No veo entre los cuatro más



A bordo del transatlántico



Aspecto de la cubierta poco después de zarpar el buque

ahora hay, y si no me machetea podré todavía acabar mis días tranquilamente en una finca de mi pertenencia con cañaverales, plátanos, cafetales, brevas y negritas que me llamarán *su mercé*.

¡Qué día más hermoso, qué sol más radiante y qué mar tan rica!

¡Oh! ¡Esa mar!.. Esa mar sobre cuyas ondas vamos á salvar centenares de leguas, ¡qué encantadora y qué bella se presenta ante mis ojos!

Azul como el cielo, y como éste inmensa y tranquila; llena de reflejos de oro, plata y diamantes; semejante mejor á un lago de inalterable quietud que á un océano preñado de amenazas y perfidias; esa mar sobre cuya resplandeciente superficie se mece con tal perezosa suavidad el buque que ha de conducirnos, parece ahora que nos sonrre halagadora y grata... ¡Quién sabe lo que hará dentro de algunos días, quizás dentro de algunas horas!..

¡Bah! No tratemos de escrutar lo que el día de mañana puede depararnos. Así como así, no sirve para maldita la cosa.

bramamiento y tomando paciencia. Pero si la credencial no vino, vino en cambio la insurrección y vinieron pronto las alarmas y los temores. «Oye, Antonio — me decía mi futuro tío, — eso se pone negro, negrísimo: la guerra no se acaba en tres ni en cuatro tirones; el gobierno llama á los reservistas, y el día menos pensado te envían el nombramiento: no el que esperabas, sino otro; en lugar de empleado civil, serás empleado militar; en vez de pluma, te darán Mauser. De todas maneras, comerás del presupuesto, que es á lo que aspirabas. Pero en casarse no hay que pensar... sería un disparate, un absurdo. Si te han de matar allá, al menos que no dejes aquí una viuda; y si tienes que volver, vale más que te espere una novia que una esposa.»

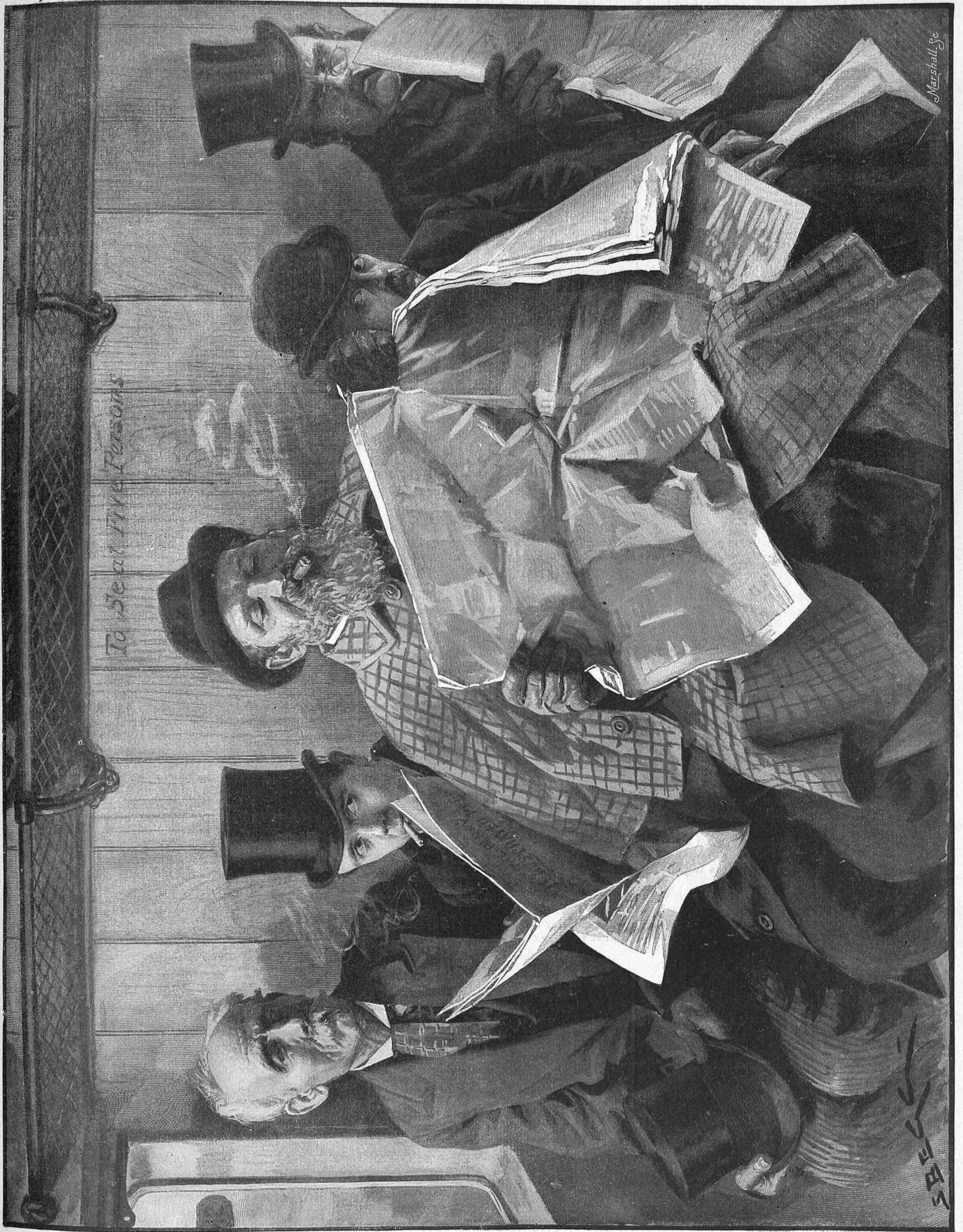
Hablaba en plata, preciso es confesarlo, el bueno del domine. Paca y yo nos hicimos cuenta de que le sobraba la razón; y cuando los presentimientos que á los tres nos martirizaban fueron cumpliéndose y vino la orden de reincorporación y embarque, cambiamos mi novia y yo cuatro lágrimas, cuatro juramentos y hasta un par de ósculos, si mal no recuerdo; des-

que á uno que esté verdaderamente tranquilo, y es ese Nicomedes que nos hizo reir tanto la otra noche en el cuartel, y que jura que prefiere habérselas con los dos Maceos que con el demonio de su suegra.

A la izquierda, otro cuarteto: todos soldados solteros que tendrán madre y padre y hermanos, pero que no dejan mujer ni hijos. Y por ley natural duele más al corazón separarse de éstos que de aquéllos. Los cuatro soldaditos parecen completamente serenos, hablan y hasta ríen...

Yo, la verdad, no río: malditas las ganas... No tengo sin embargo padres, hermanos ni hermanas que puedan llorar, hoy mi partida, mañana quizás mi muerte. Estoy solo en el mundo: si mis huesos tienen que quedarse allá en la manigua, no habrá aquí en España quien se entere tan sólo de un detalle.

Digo mal: la pobre Paca se echará la cuenta de que ha perdido á su novio y seguramente me dedicará algunas lágrimas y algunas oraciones. Después se consolará, pues no hay novia que no se consuele; y si se le sale — que ya le saldrá — quien le diga «¡qué bonitos ojos tienes!» se casará con él y *pax vobis*.



UN VIAJERO MOLESTO dibujo de S. Bege

¿Es ese pensamiento el que me da tanta murria de vez en cuando, lo que me quita toda gana de reír?

Puede que sí; que algo influya al menos. Pero hay algo más: algo que no es ni el miedo al combate, ni el temor á la muerte, ni la falta de patriotismo... En una palabra, me carga el tener que irme allá tan lejos, para batirme con gentes que, según oí decir siempre, son nuestros hermanos, de nuestra misma sangre, hijos de un pedazo de tierra española y que ahora no quieren ser españoles.

¿Por qué no quieren serlo ya?... ¿Por inconstancia suya ó por faltas nuestras?... ¿Tienen ellos toda la culpa, ó nos toca buena parte á nosotros?

¡Ea! Á un lado las cavilaciones inútiles y los discursos mentales. Ha llegado el momento de embarcarse: de decir «¡hasta la vuelta!» á esta tierra querida que muchos de los que se van no volverán ya á ver.

La banda se arranca con un paso doble de lo más marcial que se estila en estos casos, y á sus acordes vamos dejando la playa para irnos, montados en las golondrinas, hacia el buque que nos espera echando por sus chimeneas grandes bocanadas de humo.

¡Qué muchedumbre en esos muelles y en esas embarcaciones ancladas y en esos botes que nos escoltan!.. ¡Qué danza de sombreros agitados al aire y de pañuelos ondeando frenéticamente! ¡Y qué gritaría! «¡Viva España!..» «¡Viva el ejército!..» «¡Vivaaa!»

Bueno... bueno... Se agradece: hasta la vuelta, si Dios quiere.

La golondrina marinera en que me han colocado se aparta del muelle y se desliza suavemente, con imperceptible cabeceo, sobre la brillante superficie del mar, dejando tras sí una estela que chispea bajo los rayos del sol. ¡Qué bello espectáculo el que nos rodea!.. Ese cielo purísimo respirando inmensa paz; ese ambiente saturado de calor y de vida; ese puerto surcado de naves, símbolo del trabajo y de la prosperidad, con anchas y líquidas avenidas de azuladas ondas...; todo esto ¡qué hermoso me parece en estos momentos!

Aparto los ojos de este espectáculo para volverlos hacia mis compañeros. Todos están graves y meditabundos: uno de ellos, un muchachito, un niño casi, cuyo rostro pálido surcan dos regueros de lágrimas, no separa sus miradas de un punto del muelle en el cual distingo durante el espacio de un segundo la faz descajada, lívida de una mujer: pobre *mater dolorosa* que se queda con el cuerpo inmóvil y el alma yerta contemplando cómo se aleja el buque. En tanto que el soldado, oprimiendo el cañón de su fusil, murmura maquinalmente, entre sus labios descoloridos: *Mamá...*

Ya estamos á bordo: sobre el puente del vapor que debe echarnos en las playas de Cuba.

Si no estuviera tan directamente interesado en el asunto; si no fuera, vamos al decir, un pasajero forzoso ó forzado, llamaríame en extremo la atención el aspecto que ofrece en tales instantes esta enorme casa flotante de hierro y madera en que hemos de efectuar la travesía.

¡Qué modo de subir soldados y más soldados y qué manera de tragar gente la que tiene un barco de esas circunstancias! Parece imposible que podamos caber ahí dentro todos los que vamos trepando y saltando por la escalera á cubierta.

Pero cabremos todos. Así nos lo asegura un viejo marinero que nos mira subir con aire grave y algo melancólico y con el cual traban ya desde luego conversación algunos de mis camaradas.

Conversación que dura poco. El sargento Morales, que anda mustio y malhumorado, pues ha tenido también que plantar á su mujer, que anda, por más señas, por el séptimo mes, pasa rápidamente junto á nosotros imponiéndonos silencio.

En un abrir y cerrar de ojos reina sobre el puente un mutismo completo: parece que vamos á tener sermón; el último, el de despedida. Entonces volvemos todos los ojos hacia el mismo sitio. En el púlpito, como dice á media voz un compañero, se endereza la silueta de un jefe: de un general de facciones enérgicas, que extiende el brazo con un gesto rápido, seco y rompe á hablar.

Su voz, breve, imperiosa, vibra muy clara en aquel ambiente impregnado de calma y de quietud. El mar produce un ligero susurro al besar los costados del buque, y las cadenas de las áncoras murmuran á compás con tenues chirridos, en tanto que de abajo, de las máquinas, sube hasta nosotros la potente respiración de las calderas.

El sol nos envuelve con sus cálidos efluvios: una tibia brisa, saturada de marítimas emanaciones, nos acaricia suavemente el rostro, y el balanceo apenas perceptible de la nave en reposo hace subir hasta el cerebro una sensación vaga, indefinida. ¿Son estas

impresiones las que obrando activamente en nuestro espíritu sacuden aquella indefinible tristeza que hace unos minutos, estando todavía en tierra firme y á punto de abandonarla, nos embargaba?... ¿Es que la santa idea de la patria, en el momento que algunas varas de agua nos separan ya de su suelo, se nos presenta con su sublime grandeza?... No sé; pero sí conozco que sentimos todos algo nuevo en el alma, y la arenga del general, sus frases vibrantes, la invocación que dirige á nuestros sentimientos, á nuestro patriotismo, encuentra un eco poderoso en las fibras más íntimas de nuestro ser. En fin, que nos vamos entusiasmando, y cuando el veterano que nos sermonea da punto á su plática y con otro gesto de su brazo, que parece querer abarcar todo el espacio, grita con voz estentórea: «¡Soldados, viva España!» la misma exclamación formidable retiembla en los aires.

La música rompe nuevamente; luego..., luego me quedo en contemplación fijando mis miradas en esa tierra, en ese agrupamiento de edificios cuya masa blanquecina reluce alegremente bañada por el sol y que pronto, muy pronto, irá disminuyendo hasta parecer un punto confuso, pequeño, diminuto, hasta perderse luego en la inmensidad de los interminables horizontes.

Por copia conforme

JUAN BUSCÓN

CRÓNICA DE ARTE

También el invierno tiene líneas bellas y colores delicados y alegrías y encantos. No ha de ser patrimonio de la primavera, que viste de verde los campos; ni del verano, que torna de oro las espigas; ni del otoño, que vela con las gasas de sus brumas las montañas, exaltar la fantasía del poeta, inspirar al pintor, producir voluptuosas sensaciones, excitar el goce de la vida.

El invierno con sus hielos, que convierten en cristales durísimos las aguas; con sus nieves, que pintan de blanco los árboles y los montes y los pueblos; con sus nubes grises, que imprimen á la luz del día melancolías del Septentrión; con sus noches claras, en las cuales el parpadeo de las estrellas es más perceptible, más brillante; con sus ráfagas de aire helado, que se debaten contra las ventanas y sacuden las desnudas ramas y abrasan las plantas como el sol del estío, es vida, es belleza. Y las formas en que se revelan esa belleza, esa vida, son más delicadas, más finas, más exquisitas, porque han de ser apreciadas desde un punto de vista más artificial que en las demás épocas del año, en las que el arte no puede sustraerse á la luz de los colores brillantes, á la exuberancia en fin de la naturaleza. Y aquel aspecto primero tienen al presente las exposiciones de Bellas Artes que en Madrid y en París y en Londres se celebran en la actualidad; en todas hay más arte, más técnica mejor dicho, pero menos verdad.

Sí; es distinto el ambiente en que se produce y se exhibe el arte ahora en pleno invierno, que en las demás estaciones del año. Ahora la nota gris, las líneas del cuerpo humano apenas «adivinadas» bajo las pesadas ropas, préstanse á maravilla para que el pincel esboce sin grandes respetos á los rigorismos del contorno y á las múltiples vibraciones de las tonalidades que arranca á los objetos, á las cosas, la luz franca y brillante de la primavera ó del estío; mas, en cambio de los desacatos que en este sentido pueda cometer con la verdad el artista, la imaginación se exhibe con más libertad; los tipos que aquél crea tienen más de ensueños de la fantasía que de inspiraciones de la vida real; las escenas participan asimismo de ese voluptuoso vagar de la imaginación, que en estos días grises, silenciosos, es más potente por lo mismo que la naturaleza parece invitar al recogimiento, á una suerte de misticismo panteísta, pues que ella es la que llena el alma con sus recuerdos.

Algo y aun bastante de lo que aquí digo me lo ha sugerido la visita que recientemente hice al *Salón Hernández*, donde la *Sociedad de Acuarelistas de Madrid* celebra este año su octava exposición. Entre las 209 obras catalogadas hay muchas que participan de esa vaguedad de que vengo hablando y á las que yo llamaría *fantasías sobre motivos reales*. Entre las que ahora recuerdo, hállase una acuarela de Ferrant que representa á una mujer del campo de Galicia, envuelta en su *mantelo* de picote y defendiéndose de la lluvia con enorme paraguas encarnado. El motivo, como puede apreciarse por la descripción, no puede ser más vulgar ni más sencillo; mas á pesar de esto, hay tanta melancolía, tal indecisión (altamente estética) en el tipo, en la silueta en general, en el fondo, que mirando esta acuarela, más que ver se sueña con una de aquellas mozas de formas arrogantes, de grandes ojos garzos, de andar majestuoso,

de hablar lleno de inflexiones, de voz tierna y apasionada; más que *ver* digo, y esta es la verdad: acercaos, si no, á la obra del insigne pintor, y apenas veréis más que la mancha, el tono, la *caya* de la figura.

Y esta observación que vengo haciendo tiempo haciendo del arte de invierno realizado en el «estudio», es patrimonio generalmente de artistas que han llegado á dominar por completo el tecnicismo; y este dominio les permite marchar con cierta facilidad de acuerdo con esas inspiraciones que en momentos determinados, por influencia de un estado del ánimo que la vida artificial, íntima del invierno, provoca en ellos. Del malogrado Plasencia hay un dibujo en la Exposición de que me ocupo, que también es una *fantasía*; yo se le vi hacer una tarde, al amor de la templada atmósfera del taller, mientras que en la calle apenas transitaba nadie, bajo lluvia fríasima. Hablábamos de las brillanteces del teatro Real; del aspecto que ofrecían los palcos, repletos de hermosas mujeres, cuyos hombros desnudos apenas velaban riquísimos encajes. Reíase Plasencia de la imaginación del revistero que en el periódico nos relataba la *toilette* de la hermosísima señorita X, de la espléndida señora de H; y sin embargo de su burlona risa, el maestro confesaba que en aquellos palcos se respiraba voluptuosidad, arte, elegancia, aun cuando, aisladamente, cada una de las damas y señoritas que en ellos lucían no pudiera tomarse como modelo de elegancia ni de belleza. «Hay que mirar á esos grupos de encajes — decía Plasencia, — de notas de colores delicados, de gargantas y brazos desnudos que aparecen y desaparecen rápidamente tras el movimiento de los abanicos, entre los pliegues de las colgaduras, en la penumbra de los palcos, sin aplicar los gemelos que determinan brutalmente líneas, colores, afeites; es menester que á la imaginación no lleguen las impresiones concretas de la verdad. Algo así — concluyó — como esto que ahora veo yo *in mente*.» Y Plasencia hizo que se sentase la modelo en un sillón, y arrojando sobre la muchacha, que tenía el busto y los brazos desnudos, unas telas ligerísimas y los encajes de una mantilla blanca, trazó rápidamente sobre un papel *Ingre* de ligero color azulado la silueta que la modelo, jovencilla de unos diez y seis años y de formas espléndidas, ofrecía envuelta en aquellas telas. Acentuaba el maestro las curvas deliciosas de los brazos, y velaba con la sombra que los encajes proyectaban aquellas otras líneas que no encontraba tan bellas; y así, medio determinando un brazo desnudo, medio esfumando la clavícula entre los ricos encajes, trazando con elegante línea la menudita cabeza de la chica y el óvalo del rostro, dejando en vaga sombra los ojos, terminó Plasencia una figura ideal; mezcla deliciosa de sueño y de realidad. Este hermoso dibujo al carbón figura hoy en el Salón Hernández con otros dibujos y acuarelas de Pradilla, de Mejía, de Mariano Benlliure, de Asís López, de Cutanda, del general Cuenca, de Domingo Marqués, de Galofre (Baldomero), de García Mencia, de Jiménez Aranda, de Iniesta, de Manresa, de Moreno Carbonero, de Pallarés, de Sala, de Ricardo de los Ríos, de Sorolla, de Viniegra, del francés Worms y de otros muchos artistas de renombre. Por cierto que al dar cuenta en otra parte de la inauguración de esta Exposición, donde tantas firmas de nombre europeo se ven, decía poco más ó menos: «Encontré en el local viejos artistas, de aquellos mismos que hace una veintena de años fundaron en esta corte la *Sociedad de Acuarelistas*, la primera de España; y al volver á verlos, y al recordar tiempos que fueron, en los cuales la acuarela y el dibujo á la pluma eran apreciados por el público y por los aficionados y la crítica, en la medida que deben ser estas manifestaciones del arte, el frío que en la calle se sentía se nos entró de rondón en el alma, al mirar cómo ahora, aficionados, críticos y público, volviendo las espaldas á estas manifestaciones de la más alta expresión de la cultura de un pueblo, van, faltos de toda fe, faltos de todo sentimiento positivo, en busca de otras emociones espirituales, tras de la moda, tras de las sensaciones que el drama, el escándalo, lo erótico pueden proporcionarles.»

Cutanda está terminando un cuadro, como todos los suyos, altamente social, inspirado en la vida de los grandes talleres. Destínalo á la exposición que se celebrará en Berlín en el próximo mes de abril. Tiene dicho cuadro una actualidad terrible. Titúlase *Fuera de combate*, y es un obrero que ha sufrido un accidente y á quien conducen entre otros dos compañeros á la enfermería. Precisamente en el mismo día en que yo visitaba el taller de mi amigo se recibía en Madrid la noticia de la explosión ocurrida en la fábrica *La Vizcaya*, de la cual tomó Cutanda durante el verano último los apuntes para el fondo de su cuadro.

La nueva obra del autor de *Una huelga de obreros en Vizcaya* tiene bellezas grandes. La composición es sencillísima, el color es de una verdad grande. No describo el cuadro, porque los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA podrán apreciarlo bien pronto, reproducido en las páginas de este semanario.

De otra obra digna de gran encomio debo dar noticia á mis lectores; me refiero á la estatua (proyecto) de Legazpi, que habrá de alzarse en San Sebastián. El autor de ese proyecto figura, por derecho propio, en el segundo lugar entre los escultores españoles. Marinas, que éste es el escultor á quien aludo, ha producido una obra excelente desde el punto de vista de la técnica y desde el histórico. Presenta al insigne conquistador de las Islas Filipinas y fundador de Manila en reposada actitud, envuelto en grueso tabardo, con el sombrero de plumas, calzadas altas botas, ligeramente movida la cabeza, de enérgica expresión y en cuyas facciones se advierten las vigorosas líneas de la raza vasca. El tipo moral de Miguel de Legazpi está perfectamente ajustado al relato histórico de sus actos, único modo de estudiar al hombre que fué y que ha tenido una importancia indiscutible en un momento de la historia.

Tres son los proyectos que se presentan para esta estatua, los cuales han sido expuestos en el palacio de la Diputación de San Sebastián; esos proyectos vendrán á Madrid para que la Academia de Bellas Artes de San Fernando emita dictamen.

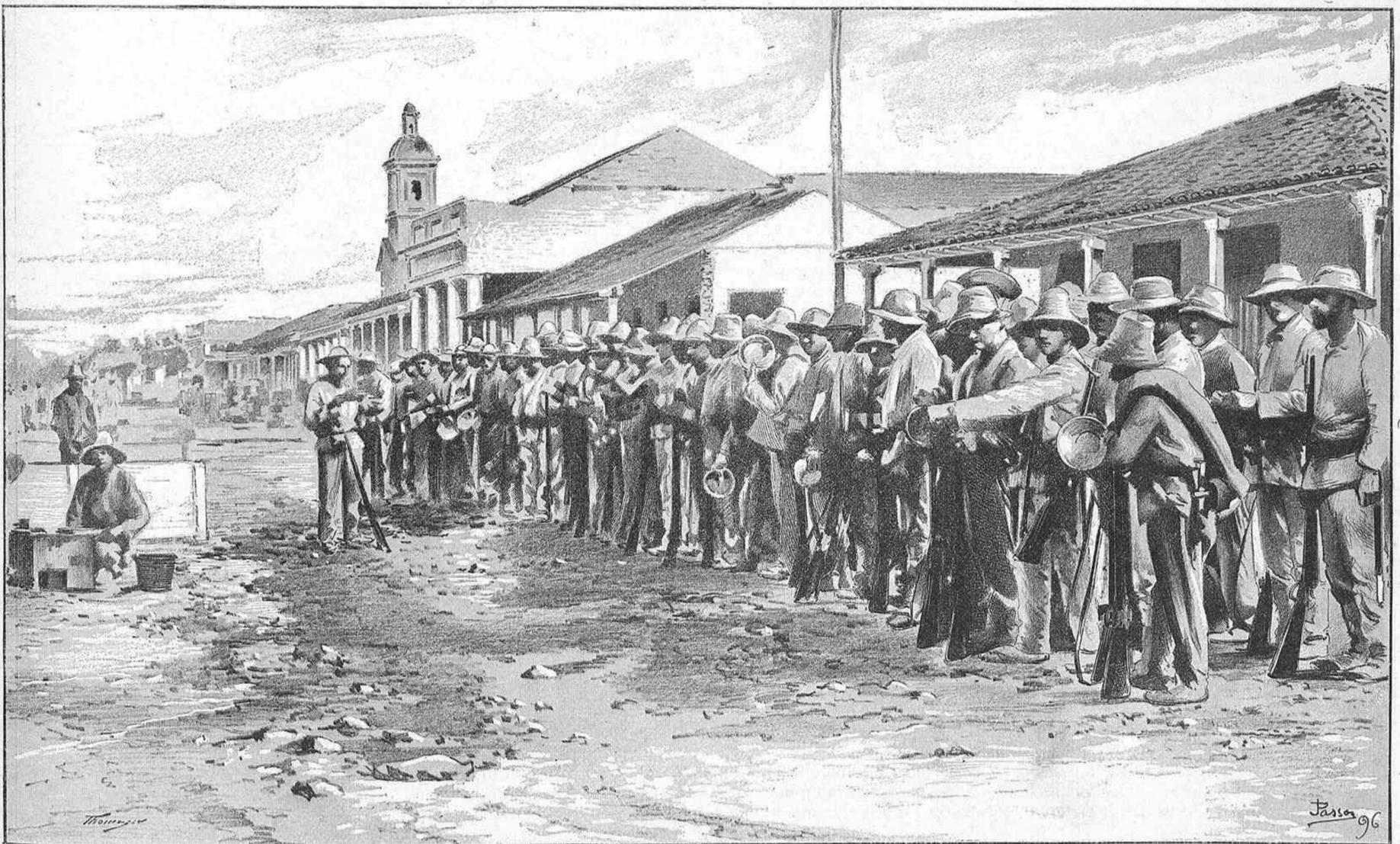
El célebre crítico francés Geffroy viene ocupándose hace algunos días, en largos artículos, de la importantísima cuestión de la aplicación del arte á las industriales y á las artísticas, especialmente á las decorativas. No es únicamente el celebrado crítico el que,



EXCMO. SR. D. VALERIANO WEYLER,
marqués de Tenerife, teniente general de ejército, nombrado capitán general de la isla de Cuba
(De fotografía de Martí, Barcelona)

en las columnas de los diarios de mayor circulación de París, estudia asunto de tamaña importancia; mas como la autoridad de aquél es indiscutible, á título de vulgarización de ideas que deben ser acogidas con respeto y meditadas con detenimiento, principalmente en Barcelona, donde va á celebrarse una exposición de Artes industriales, traslado á estas páginas, como *mot de la fin* de esta Crónica, algunos de los párrafos más interesantes del último trabajo que el dicho Geffroy acaba de publicar en *Le Journal*. «Generalmente cuando juzgamos una obra decorativa, separamos el detalle de la totalidad. El espíritu concibe, por ejemplo, un mueble, del cual el plan y la construcción revelan á un artista, y asimismo toda la parte de escultura ornamental revela á otro artista, el cual no tiene casi nunca en cuenta la concepción del primero. Y aun concebimos más, y es que sea un mismo artista el que ha concebido y ejecutado el mueble y su decorativa; mas á pesar de eso, seguimos juzgando la obra separando la ornamentación de la traza en general.

»Y admitido esto, no es difícil comprender por qué falta siempre unidad en este género de obras. Hay, pues, que buscar el remedio. Y á fe que no es difícil encontrarlo, pues consiste en exigir al artista que concibe el mueble que le conciba como unidad, y que lo ejecute, por así decirlo, de un solo golpe (*d'un seul coup*)... Debe no olvidarse que una forma general puede y debe constituir por sí sola un motivo ornamental... Yo creo — termina diciendo Geffroy — que no es inútil repetir que se pongan en guardia los artistas ingeniosos, de buena voluntad, que pueden dejarse ganar por las bellezas del detalle, por la aplicación de vanos arabescos, y que olvidan con esta decorativa ilusoria lo esencial, que es la totalidad de la forma.»

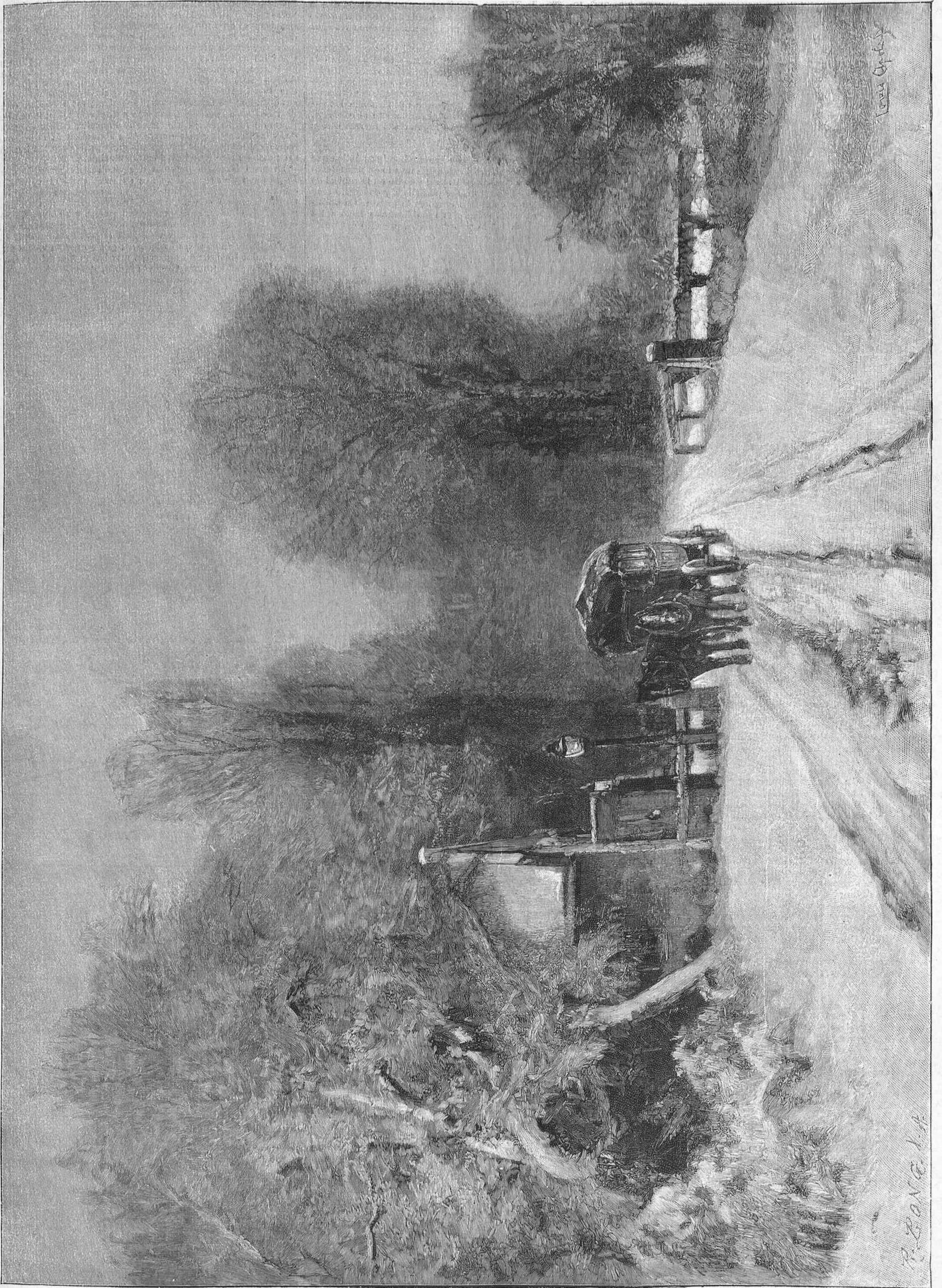


GUERRA DE CUBA. — TROPAS ESPAÑOLAS EN EL MOMENTO DE PASAR LISTA EN COLÓN

(Dibujo tomado de una fotografía)



NODRIZA CARIÑOSA, cuadro de A. Waterlow



CREPÚSCULO VESPERTINO cuadro de Luis Apol

Telegramas recibidos en esta corte dan cuenta de haberse verificado en Copenhague con toda solemnidad la apertura de la Exposición de Bellas Artes, así como del triunfo alcanzado por la sección española, en la cual figuran Villegas, Moreno Carbonero, Viniegra, Benlliure, Oliva, Saint-Aubín y otros ilustres artistas de España.

R. Balsa de la Vega

NUESTROS GRABADOS

El teniente general marqués de Ahumada. - Con el general Weyler y como segundo cabo de la capitania general de la isla de Cuba se ha embarcado para aquella Antilla el ilustre militar cuyo retrato publicamos. Sus actos du-



El teniente general Excmo. Sr. Marqués de Ahumada, nombrado segundo cabo de la Capitania gral. de la isla de Cuba (de fotografía de Ojeda, de las Palmas)

rante la guerra carlista y en la pasada guerra cubana demuestran el acierto con que ha procedido el gobierno al nombrarle para aquel difícil cargo, y la entusiasta despedida que le ha hecho el pueblo zaragozano es la más elocuente manifestación de las universales simpatías que por su caballerosidad, por sus dotes de mando y su nobilísimo proceder se ha conquistado en aquella capital el marqués de Ahumada como jefe del quinto cuerpo de ejército.

Estatua de Shakespeare, por Mac-Monnies. - Tanto cuanto la guerra y la política separan á los pueblos, el arte y la literatura los unen. Los Estados Unidos de América, que no perdonan medio de molestar á la que un día fué señora de la hoy floreciente República y que en la actualidad tratan de entorpecer su acción en el conflicto con Venezuela, no pueden menos que rendir tributo á las letras inglesas, y mientras la diplomacia yankee trabaja en contra de Inglaterra, la Biblioteca nacional de Washington erige al gran poeta inglés la hermosa estatua que reproducimos, modelada por el escultor americano Mac-Monnies. Para llevar á cabo su obra el artista ha tomado por modelo una estampa de Droeshent, impresa en 1623, es decir, muy pocos años después de la muerte del inmortal autor de *Hamlet*, lo cual es en cierto modo una garantía de la exactitud del parecido. En cuanto á la ejecución, llena esta escultura todas las condiciones que para estas obras monumentales se requieren, y así en la actitud de la figura, como en la expresión del rostro, como en el modelado de las ropas adviértese un dominio completo de la técnica del arte.

Un viajero molesto, dibujo de S. Begg. - ¿Quién que haya viajado en ferrocarril no ha sufrido alguna vez las impertinencias de uno de estos viajeros que entran en el vagón como en país conquistado, y atendiendo sólo á su comodidad no reparan en fastidiar á sus compañeros? Pues todo el que haya padecido bajo el poder del egoísmo y mala crianza de uno de estos prójimos, comprenderá el mérito de la composición de Begg, que, aparte de la perfección con que está dibujada, es un portento de naturalidad, y cada una de cuyas figuras está arrancada de la realidad misma.

Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler, capitán general de la isla de Cuba. - El entusiasmo con que el país ha acogido el nombramiento del general Weyler para el mando superior de Cuba, demuestra las esperanzas que se cifran en el talento y energía de que en diversas ocasiones ha dado elocuentes pruebas el insigne marqués de Tenerife. No hemos de trazar la biografía de éste, pues de hacerla detalladamente necesitaríamos un espacio de que no disponemos; por otra parte, harto conocidos son sus méritos contraídos en Santo Domingo, en Cuba, en el Centro y en Cataluña contra los carlistas y sobre todo en Filipinas, para que necesitemos recordarlos á nuestros lectores. Nos limitaremos, pues, á consignar que nació en Palma de Mallorca en 1838, que procede del cuerpo de Estado Mayor, que casi todos sus grados y empleos le han sido concedidos por hechos de guerra y que ha desempeñado con gran acierto los mandos de las Baleares, de Canarias, de Filipinas y Cataluña, conquistándose en todas partes grandes simpatías. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que hoy se

honra publicando su retrato, hace fervientes votos para que la suerte acompañe al general Weyler y pueda éste regresar pronto á la península ciñendo una vez más los laureles de la victoria.

Guerra de Cuba. Tropas españolas en el momento de pasar lista en Colón. - Escenas como la que reproduce nuestro grabado se repiten cien veces todos los días en las villas, poblados y campamentos de nuestras valientes tropas, de quienes con razón puede decirse que «su descanso es pelear,» pues el sistema de lucha que allí imponen las circunstancias les obliga á perseguir incansablemente al enemigo, sin saber cuándo ni dónde podrán reparar sus fuerzas con el alimento y el reposo necesarios.

M. Carlos Floquet. - El eminente hombre público que ha fallecido recientemente en París había nacido en Saint-Jean-Pied-de-Port (Bajos Pirineos) en 1828; estudió en la capital de Francia la carrera de abogado, fué periodista y consiguió muy pronto tantos triunfos en el foro como en la prensa. En política defendió siempre los principios republicanos y llegó á los más altos puestos, habiendo sido diputado, prefecto del Sena, senador y presidente de la Cámara de diputados. Durante su vida política dió en muchas ocasiones muestras de su energía en la defensa de sus ideales: en 1848, en la memorable fecha del 2 de diciembre, cuando el famoso *proceso de los trece*, y en 1870 probó con sus actos que no sólo consagraba á la defensa de la democracia y de la república su talento sino que también su valor personal. El desafío con Boulanger en 1888 aumentó considerablemente su popularidad, ya muy grande, y el apóstrofe dirigido al tsar Alejandro II durante la Exposición de 1867, cuando encarándose con él en el Palacio de Justicia le dijo: «Caballero, ¡viva Polonia!» le acreditó de hombre independiente y de liberal convencido. Después de la dimisión de Grevy fué candidato á la presidencia de la República, habiendo obtenido en el primer escrutinio mayoría relativa de sufragios.

Nodriza cariñosa, cuadro de A. Waterlow. - Cuanto se diga en elogio de este bellissimo cuadro nos parece poco: hay en él una frescura, un ambiente de poesía y un fondo de sentimientos tales que su contemplación produce una de esas emociones dulces que constituyen el mejor aplauso para un artista. El paisaje engalanado con los encantos primaverales, la campesina que solícita hace para los tiernos corderillos las veces de madre, el grupo de los tres animalitos chupando el uno con deleite el líquido alimenticio, mientras los otros dos esperan que les llegue su turno, y la niña de angelical sonrisa que presencia la escena, todo es delicado, todo sentido, todo llega al alma.

Crepúsculo vespertino, cuadro de Luis Apol. - Nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega consagra los primeros párrafos de la Crónica de Arte que en este número insertamos á describir las bellezas del invierno: muchos de los conceptos que allí vierte pueden aplicarse al cuadro de Apol, quien ha sabido con gran maestría reproducir en su lienzo uno de esos paisajes melancólicos, cubierto de nieve, poblado de árboles sin hojas é iluminado por la indecisa luz del crepúsculo vespertino que también «exaltan la fantasía del poeta, inspiran al pintor y producen voluptuosas sensaciones.»

MISCELÁNEA

SALÓN PARÉS

XIII EXPOSICIÓN EXTRAORDINARIA

Después de la Exposición organizada recientemente en este mismo salón por el Círculo de Bellas Artes de esta ciudad, de las que con carácter oficial se han verificado en el transcurso de pocos meses en Madrid, París, Burdeos, etc., en que han tomado activa parte nuestros artistas, y de las que han de inaugurarse en Abril próximo en Barcelona y Berlin, sorprende que los pintores y escultores hallen todavía medio y tengan aliento para disponer una nueva exhibición de sus producciones, discreta y asaz interesante, con sobra de méritos para llamar la atención de los aficionados é inteligentes. No figuran en ella obras que revelen extraordinario esfuerzo ni concepción ó genialidad excepcional; pero aun así, considerándola como elemento utilizado por los artistas para dar fe de vida, resulta armónica, interesante.

De su general examen dedúcese la determinación de las tendencias que dominan, de los exclusivismos que imperan y de las escuelas que militan. Nótese en la mayoría la subordinación absoluta del procedimiento á la idea, el pueril empeño de acentuar determinadas tonalidades, olvidando con ello los verdaderos derroteros del arte y del concepto moderno. El color es la preocupación constante de nuestros artistas. Producir con todos ó con limitados recursos, con todas las gradaciones ó con la mayor simplicidad posible de tonos. Austeros á modo de ascetas ó fastuosos como los magnates de los tiempos medios, amantes de la luz ó aborreciéndola, luminosos ó fotofóbicos, he ahí la síntesis de la pintura artística contemporánea. Bien quisieramos, en bien del arte patrio, que se proscribiera lo secundario por lo principal, y que el genio buscara el amplio campo en que debe manifestarse, relegando las minucias ante la concepción. El procedimiento ha de ser siempre una consecuencia, y no ha de importar un ardid el que se haya adoptado, cuando la obra exprese, represente ó reproduzca con la exactitud de la realidad la genial concepción del artista. Bueno es, sin embargo, tener en cuenta que por las causas que apuntamos al comienzo de esta revista, no se propusieron los artistas al ejecutar las obras destinadas á esta exhibición dar muestra de su valía, ya que sólo trataron de no interrumpir la serie de las Exposiciones anuales, con laudable acierto iniciadas por el Sr. Parés, en su concurrido Salón. Ciertamente es que cada obra revela las cualidades de su autor, y que algunas, siendo meros estudios, se imponen á las demás; pero no lo es menos que el exceso de la producción no puede hallarse nunca en relación directa con su mérito y valía.

Someramente trataremos de emitir el juicio que nos ha merecido el rápido examen de las obras expuestas. En primer lugar colocamos las preciosas cabezas de estudio de Manuel Felíu, trasunto fiel del natural, vigorosa y sobriamente ejecutadas, recordando alguna de ellas la admirable gama de la escuela sevillana, que con tanto aprovechamiento estudia este joven pintor en sus obras más ejemplares. Mención especialísima merecen los dos paisajes del sevillano García Rodríguez, bellamente sentidos y ejecutados con admirable acierto, al igual que

los de José Masriera, Urgell y Galwey, que reproducen las severas tonalidades de la región catalana y significan otras tendencias y el dominio de otros cánones. Junto á ellos figuran dignamente los frescos y jugosos paisajes de Marqués, que recuerdan méritos adquiridos en otra época como discreto paisajista; las soñadoras cabecitas de Brull; la bella galante joven de Ribera, de líneas distinguidas y suaves tonos; la mascarita, de Francisco Masriera, engalanada con sedas y tules; los soldados de Cusachs, desfilando en orden de secciones al trote de sus caballos; las flores de Aurelio Tolosa; los acabados estudios de Pedro Borrell y de su hijo y discípulo Julio; la sentida figura de Tamburini; los paisajes de Vancells, Baixas y Brugada, y las jiras y escenas de *sport* de Francisco Miralles, que hace siempre gala de su simpática gama, así como las hermosas notas de Meifren el distinguido marinista.

Dionisio Baixeras presenta dos cuadros de gente de mar. Dignos son de su pincel y de su nombre. Todo en ellos está estudiado con acierto y firmeza; todo es copia, trasunto del natural, observado con inteligencia y reproducido con singular habilidad. Graner, cuya producción pasma y sorprende, está, como siempre, ajustadísimo en sus estudios de penumbras y en las representaciones de tipos de baja estofa. Baldomero Galofre, brillante en su playa napolitana, que no por su viveza deja de recordar las azuladas aguas del mar latino. Garnelo, parco y elegante en su hermosa Carmen; Marín, descollando torrentes de luz y de color en sus calles granadinas, cuya potencia luminosa retratan también en las pintadas por Mas y Fontdevila y Roig y Soler.

Casas ha acentuado su nota en sus dos chulapas, que se ven á traves de un velo. Nonell derrama sobre un paisaje herido por los vivísimos rayos del sol un caudal de amarillenta greda, y Pichot sigue la marcha trazada por su meritísimo maestro.

Montserrat, Matilla, Galofre Oller y la señora Ubach cierran el grupo de la pintura, completándose la exposición con



El eminente hombre público M. Carlos Floquet, Presidente de la Cámara de Diputados francesa, recientemente fallecido

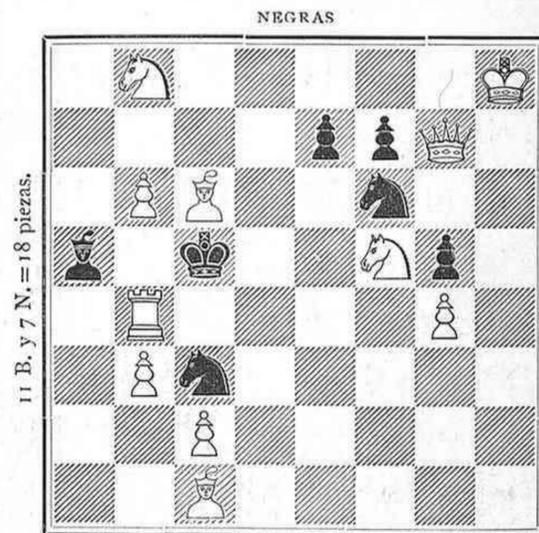
las producciones escultóricas de Anglés, Campeny, Massó, Sagá y Vallmitjana Abarca, entre las que descuella gallardamente la cabeza de estudio presentada por Reynés, modelada con extraordinario vigor y suma precisión.

Cábenos esperar que en la próxima Exposición oficial que se inaugurará en nuestra ciudad en abril próximo, se presentarán nuestros artistas de manera tan cumplida cual corresponde á sus méritos ya reconocidos y al abolengo artístico de Barcelona.

A. GARCÍA LLANSÓ.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 4, POR PEDRO RIERA Y RIQUÉ



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 3, POR JUAN CARBÓ

- | | |
|-------------------|--------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C5 AR | 1. R toma P (*) |
| 2. D4 AD jaque | 2. R toma D ó R4 R |
| 3. C3 R ó D mate. | |

(*) Si las negras juegan 1. R toma C, las blancas continúan con 2. D8 R y 3. D mate, - y si 1. P toma C ú otra jugada, 2. D8 R jaque ó 2. D4AD, según los casos, y 3. D mate.

CORRESPONDENCIA

C. M. C. VALLS. - La solución al prob.º n.º 2 (1. C3 D, 2. C toma P y 3. D mate) que usted indica, está contrarrestada por las siguientes jugadas de las negras: 1. C7AR y 2. C toma C.



Señora, dijo Macready muy ceremoniosamente, presento á usted á este amigo

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El Sr. Macready soltó la carcajada.

— Confiese usted, dijo, que para un hombre civilizado, ese modo de entrar en materia es bastante original.

— ¿Civilizado? ¡Oh, qué poco! La protegida de usted es encantadora y de una belleza ideal. Desde que la vi, todo cuanto escribo lo compongo pensando en su voz y en su ademán. Ella cantará mi ópera. ¿Cuándo? No lo sé; pero la cantará.

— ¿Ha tratado usted de volver á verla? ¿Ha ido usted á su casa?

— ¿Yo? ¡Oh, no! Mi trabajo no está concluído, y por lo tanto, de nada serviría que la viera.

— Es verdad. Además en París no se entra en el salón de una señora por la ventana; y llamar á la puerta es cosa muy prosaica, que carece de originalidad. Pero ¿no se ha dicho usted nunca que Mila esperaba de parte de usted una visita de excusas, ó por lo menos de cortesía?

— No, jamás. ¿Cree usted que?..

Villeroy miraba al Sr. Macready con la expresión de un niño vacilante á quien se riñe.

— Tiene usted razón, repuso el americano; Mila era, y aún es sin duda, una joven medio salvaje. Las conveniencias no le importaban mucho más que á usted mismo, y diríase que usted y ella han nacido para entenderse...

Y de improviso, una mirada recelosa, casi malévol, hizo brillar los ojos del Sr. Macready, que jugando con una plegadera, dijo con tono indiferente:

— Es preciso que Mila no se case.

— ¡Ya lo creo!, contestó el músico con una franqueza tan espontánea que su interlocutor se tranquilizó. La señorita del Paso es artista, nada más que artista, y una mujer semejante no viene á este mundo para pensar en las cuentas de fin de mes, cuidar de los chiquillos y del esposo. ¡Vamos, no podría ser! Le prohibo casarse, ó por lo menos que espere

hasta que haya creado mi sirena. Entonces..., añadió Villeroy con súbito desaliento, entonces tendrá sin duda el cabello blanco.

— ¿No desea usted, pues, volver á verla?

Villeroy vaciló un momento.

— Yo bien quisiera hacerla cantar de nuevo, porque su voz era la que oía mezclada con los mugidos del mar, y me inspiraba poniéndome fuera de mí.

— Pues debe cantar esta noche en un salón, y yo le presentaré á usted á la dueña de la casa, que es americana y amiga mía.

— Es que presentarme en sociedad no es cosa que me convenga mucho.

— Pues hace usted mal, amigo mío. Un músico necesita dejarse ver y oír. Acompañará usted á Mila, y hasta le permitiré que cante la *Odelette*, que ha guardado religiosamente para sí, según se lo recomendé.

— ¿Quién es esa americana? ¿Qué clase de sociedad recibe?

— Esa americana es una mujer de sesenta primaveras, perteneciente á nuestra colonia, pero que recibe sobre todo franceses, de los más distinguidos, y con preferencia á los que poseen algún título. En cuanto á sus compatriotas, tan sólo admite á los de la alta aristocracia, á los fabulosamente ricos, ó á los que pertenecen á los famosos *cuatrocientos*, como decimos en Nueva York, ó se distinguen por una reputación excepcional. No sé á qué categoría de esas pertenezco yo; pero la señora de que hablo me teme un poco, y así es que mis palabras tienen tanto alcance como las de un oráculo. ¿Necesitaré añadir que es muy rica, puesto que ha casado á sus dos hijas con nobles? La una es princesa, y la otra simplemente condesa, pero lleva un nombre histórico; la princesa, á decir verdad, ha sido muy desgraciada, y vive separada del esposo, en compañía de su madre. Como yo la compadeciese, esta señora me contestó con una frase admirable. «Sí, pobre niña, dijo; esto es terrible. Figúrese usted que la ha maltratado; pero esto no impide que siga siendo princesa.» Y la buena señora se consolaba así de los golpes recibidos.

— ¡Esa mujer es un monstruo!

— Nada de eso; muy por el contrario, es buena, generosa y hospitalaria, y hasta tiene un gusto bastante raro para las cosas buenas. Una vez segura de no equivocarse, su entusiasmo no reconoce límites. En París existe toda una legión de jóvenes pintores americanos, imitadores de los franceses, que teniendo talento se creen más superiores de lo que son, forman grupo aparte, muéstranse desapiadados con los que no pertenecen á su círculo, y en caso necesario dan pruebas de una crueldad feroz, haciendo uso de toda su energía y de la habilidad de su nación para su propio éxito y contra el de los demás. La señora Milner los recibe apenas son reconocidos como grandes pintores por algún crítico francés autorizado, no antes, y ellos la explotan á cual más. Es muy divertido observar eso un poco de cerca.

— Yo no soy nada observador, contesto Villeroy, y cuando veo jóvenes de carácter tan áspero como los americanos de usted, me entristezco y me desanimo. Nosotros también tenemos la lucha por la existencia, como todos la tienen; pero me parece que esto no impide que sigamos siendo humanos y accesibles á la piedad.

— Eso será según y cómo. En fin, ¿puedo contar con usted?

— No sé...

— Pues yo resolveré en su lugar, porque tomar una decisión es cosa que siempre le cuesta mucho. Vístase usted á eso de las siete; comeremos en el restaurant, hablaremos un rato fumando, y si hace buen tiempo, después de dar una vuelta por el boulevard iremos á casa de la señora Milner.

— Como usted guste...

V

A la señora Milner conocíase en el mundo parisiense con el nombre de la «dama de las joyas.» Ciertamente de diamantes, sobre todo, digno de una emperatriz, era lo que producía sensación todas las noches de ópera cuando aquella se presentaba en su palco de columnas. Sus perlas, sus esmeraldas y zafiros eran la admiración de los inteligentes; la americana millonaria los coleccionaba, como otros coleccionan cuadros de maestros, abanicos del siglo XVIII, blondas de Venecia ó sellos de correos. Gozaba tanto poseyendo aquellas piedras preciosas como poniéndoselas para que la gente las admirara.

Cuando el Sr. Macready, tal vez el único de sus amigos que le hablaba con franqueza, se burló una vez de aquella manía, la dama contestó con esa candidez un poco burlesca que constituía la originalidad de su carácter:

— Reflexione usted, amigo mío, que durante muchos años no he tenido más que una joya, mi alianza; este anillo ha sido muy pesado de llevar, y ahora procuro resarcirme.

Y con una sonrisa que arrugaba su rostro mofoleto y blando, añadió:

— No todos mis amigos son tan meticulosos como usted, Macready, y les parece que estoy muy bien tal como soy.

— Yo no trato de explotarla ni de casarme con usted. Parece que á su alrededor hay personas de estas dos categorías.

El Sr. Macready contemplaba á su interlocutora, ya de edad avanzada, con una especie de alegre ironía, como un sabio que tiene á la vista alguna muestra rara y curiosa de alguna especie extraordinaria. La señora Milner sostuvo su mirada con aire bonachón, y replicó:

— Qué, ¿no cree usted que haya más de un pretendiente?..

La dama, sin concluir la frase, abrió el cajón secreto de un pequeño y precioso mueble, hecho para contener verdaderas cartas de amor, y cogió un puñado de papeles tirados allí en desorden.

— Lea usted. ¡Oh! Esto le divertirá; y sobre todo, fíjese en las firmas. No hay solamente caballeros de industria, sino que varios de esos señores pertenecen á familias muy distinguidas...

El Sr. Macready rechazó las cartas con ademán de disgusto.

— Y advierta usted, amigo, añadió la señora Milner, que aún habría más aquí si yo contara setenta años en vez de sesenta. Cuando se tienen muchas deudas, el amor al bienestar, el horror al trabajo y el cebo de dos millones de renta inducen á hacer muchas cosas; pero tranquilícese usted; yo disfruto de la nobleza... por procuración; mis yernos me bastan.

— ¡Comprendo eso!

El palacio de la señora Milner estaba situado en la calle Tilsitt, y cuando el Sr. Macready y su amigo llegaron, los coches, avanzando al paso, formaban una fila interminable. Los dos hombres se aparearon del suyo y recorrieron á pie el resto del camino. Lacayos con calzón blanco de seda y casaca de color rojo vivo poblaban el vestíbulo y el recibimiento; la luz eléctrica comunicaba á todo la alegría con su blanco brillo; y una escalera prodigiosamente adornada, llena de flores de raras especies, con paredes cuyas pinturas llevaban la firma de artistas famosos, conducía á los salones de recepción, llenos ya de invitados de ambos mundos.

Villeroy, poco acostumbrado á semejante ostentación de riqueza, miraba con asombro aquella serie de salas magníficas, donde había un poco demasiado de todo: excesivo número de cuadros en las paredes, exagerada profusión de colores vistosos; un gusto pronunciado por la pintura ultramoderna; sobrados muebles raros de épocas algo heteróclitas, y demasiados tapices japoneses con maravillosos bordados de oro y plata. Lo que notó en particular, con su fino oído de músico, fué el sonido de las voces, á veces demasiado altas, que resonaban claras y alegres, aunque también un poco ásperas, en medio del ruidoso rumor de las conversaciones que se cruzaban.

En la puerta del salón principal hallábase la dueña de la casa, amable, risueña, con una sonrisa de ídolo ó de reina, la cual hacía fijar más la atención en los hábiles afeites que le comunicaban un aspecto de falsa juventud poco agradable. Lucía un vestido de seda de color blanco crema, cubierto de bordados de oro; y sus fabulosos diamantes despedían rayos de luz que se cruzaban á cada uno de los movimientos de la dama.

A su lado estaba su hija mayor, la desgraciada princesa, tan flaca como gorda era su madre, y fea, aunque simpática; los perfiles de su boca eran duros; pero los ojos tenían una expresión dulce y triste. Vestía con una sencillez que contrastaba singularmente con el lujo de su madre. Su traje de terciopelo negro era completamente liso; llevaba el cabello peinado como una colegiala, y lucía bien pocas joyas y ninguna flor, ningún encaje. No había hecho uso de los afeites, y ni siquiera se veían en su rostro señales del polvo de arroz.

— Señora, dijo Macready muy ceremoniosamente, presentó á usted á un amigo, y le ruego que le atienda mucho. Es el Sr. Francisco Villeroy, músico de raro talento.

— El Sr. Macready, contestó la dama, me ha hablado ya de usted, caballero..., celebro mucho, celebros...

La señora Milner hablaba el francés con una volubilidad que desconcertaba y con un acento detestable, sin que ello le inquietara lo más mínimo. Dió la mano al Sr. Villeroy con su afabilidad acostumbrada; pero como otros convidados más importantes reclamaron su atención, olvidó completamente al «músico de raro talento», cuyo nombre no le decía nada, puesto que no figuraba aún en los carteles de la Ópera.

Cuando Villeroy fué presentado á la princesa por el antiguo amigo de la casa, la dama no dió su mano á Villeroy, pero le miró un instante con una especie de interés. Amaba mucho al Sr. Macready, que sin duda le había hablado ya del joven.

— Soy una profana en cuestión de música, caballero, dijo, hablando el francés como si fuera parisiense de nacimiento; pero me agrada oírlo. Espero que el Sr. Macready le enseñará el camino de nuestra casa algún día en que haya menos gente que esta noche.

Y con un ademán de cabeza despidió á los dos hombres, porque también debía recibir á los demás numerosos invitados que iban llegando.

— Tiene aire de gran dama, dijo Villeroy á su protector.

— ¿Quién, la madre ó la hija?

— La hija; es fea, pero muy simpática.

El músico buscaba con la vista á Mila, y al fin la divisó; pero rodeábanla muchas personas, y no queriendo acercarse, contentóse con mirarla.

Y á decir verdad, merecía ser contemplada. De la pequeña salvaje de Santa Bárbara no quedaba ya más que el brillo prodigioso de sus ojos, la aureola de sus cabellos rizados, la soltura y la gracia de todos sus movimientos; pero la civilización hablaba marcado con su sello. Ninguna mujer llevaba tan fácilmente su traje, ni manejaba mejor el abanico, ni contestaba con tan perfecto desembarazo á los cumplidos que se le dirigían.

El nombre de la señorita del Paso, que desde hacía algún tiempo se leía en los diarios, despertaba la curiosidad; y sobre aquella extranjera circulaban entre el público versiones muy diferentes y todas falsas. Según unos, era una niña abandonada, recogida por indios, que había pasado toda su primera juventud en el campamento de algún caudillo; según los otros, era una española, como lo indicaba su nombre, que había venido á Francia con la determinada intención de buscar por esposo algún gran señor, y que por cálculo se conducía juiciosamente. El hecho de ser recibida por la señora Milner, no tan sólo como artista, sino como amiga, probaba su buena conducta que tanto extrañaba la gente, ó por lo menos demostraba que la calumnia no había conseguido aún asociar con su nombre el de hombre alguno.

Mila fué la que desde lejos vió al Sr. Macready y al músico. Dejando escapar una exclamación de alegría, levantóse, abandonó sin ceremonia el grupo de admiradores que la rodeaban, y salió al encuentro del americano con ambas manos tendidas, lo cual produjo un pequeño incidente. Estaba tan linda con su rostro alegre, que todos se volvían para mirarla; y por otra parte, la desenvoltura con que se abría paso entre la gente escandalizaba á más de una viuda. «¡Vamos..., decían, que haga eso una joven!» La sonoridad de la voz con que habló en inglés á su protector hizo cesar las conversaciones durante algunos segundos, y los dos hombres fueron observados á su vez con cierta malevolencia.

— ¡Ah, Sr. Macready!, exclamó, ¿quién habría dicho que era necesario que me hallara en esta barraúnda para volver á encontrarle? ¿Me ha olvidado usted, pues, del todo? ¿No le complace que Mila del Paso sea obra de usted y le deba todo cuanto es?

— A usted misma debe su triunfo, contestó el americano, porque es seguro que triunfará, y también á su voz y á su belleza. El pescador que retira del mar una perla rara no tiene nada que ver con la perfección de ésta; ha tenido buena suerte, y nada más. Supongamos que yo soy un pescador feliz...

— ¡Pero qué se cuida poco de su hallazgo, confíselo usted!

El Sr. Macready no contestó, y volvióse hacia Villeroy como para presentarle.

— En rigor, dijo, una presentación trivial sería verdaderamente ociosa y carecería de chiste.

— En efecto, replicó la joven con una sonrisa, dando la mano al músico, el Sr. Villeroy se presentó él mismo. Adivinó que yo me cuidaba tan poco de las conveniencias sociales como él, y ha hecho bien; pero después huyó, sin que le hayamos vuelto á ver, y en esto obró mal.

— Sin embargo, repuso Villeroy, la imagen de usted no se ha separado de mí nunca, y su voz era la que oía cuando escuchaba el canto de las olas.

— Y esto era para usted suficiente. La artista queda más halagada que la mujer... He aquí un rincón donde podremos hablar, añadió, levantando la cortina de tapicería de un gabinete.

Y como Villeroy hiciese ademán de retirarse discretamente, Mila dijo con viveza:

— No, caballero, no se me escapará usted ahora. Por lo demás, la primera vez que hablamos el señor Macready y yo tratamos mucho de usted. Yo no separo á los dos amigos en mi recuerdo, ni tampoco en mi agradecimiento. La *Odelette* de usted me ha revelado la música.

Mila y sus acompañantes se hallaban solos en aquel reducido y elegante aposento, como personas de confianza.

— Veo que usted es de la casa, dijo el Sr. Macready con expresión un poco burlona.

— Ahora sí, contestó Mila. Un año hace necesité ganar algún dinero y pedí una recomendación para la señora Milner, y he cantado para ella, no muy mal. Me interrogó, y cuando supo que yo no tenía ninguna contrata en París, me dijo que en sus fiestas la voz valía algo seguramente; pero que el nombre importaba más aún; y me despidió, aunque ofreciéndome un auxilio, el cual rehusé.

— Y cuando volvió á ver á usted, ¿no le molestaba ese recuerdo?

- De ningún modo. No se acuerda más que de lo que quiere. Me da mil francos por cantar esta noche, para tener las primicias de mi voz, pues pasado mañana se verificará mi *debut*. Mi director quería rehuserme el permiso; pero yo fui tenaz y cedió al fin. Si yo escuchase á mi nueva protectora, pasaría la mitad de mi tiempo en su casa. Me recibe á todas horas y nada me obliga á pasar por las manos de su «dama de compañía» y de sus doncellas, ni á ver al secretario. Por poco más me admitiría en su tocador cuando se aplica los afeites. Esto me compensa mis años de pobreza y de obscuro trabajo; pero observo en mí muchos malos instintos. Ya no me gustan en modo alguno los muebles de madera blanca y adoro el lujo.

- Y ¿por qué se condenó usted á esos muebles de madera blanca?, exclamó el americano.

- Porque más aún que el lujo, amigo mío, prefiero mi independencia. Y además..., añadió la joven con tranquila osadía, aunque no sin ruborizarse un poco, yo no he vivido en París, ni me he codeado con actores y actrices, sin perder algunas de mis candidices y de mis ilusiones de niña. Mis compañeras sabían lo que yo ganaba en Nápoles ó en Bruselas; y mis honorarios exigían la madera blanca; pero si la hubiera cubierto, aunque sólo hubiese sido con cretona, se habría dicho: «¿Quién paga la cretona?» ¿Lo comprende usted ahora?

- Tiene usted razón, hija mía..., dijo el Sr. Macready, tomando afectuosamente la mano de la joven. Pero ahora cuéntenme usted, ó más bien, cuéntenos lo que ha hecho después de su salida del colegio.

- Pronto estará dicho. Le aseguro á usted que trabajé mucho durante mis tres años de pensión, no sólo como cantante, sino como discípula de francés. No veía á nadie, no tenía vacaciones como las otras, y en suma era muy feliz. Vivía en una especie de sueño, no tenía cuidados materiales, y estaba segura de poder ganar más tarde mi subsistencia. Mi adorable profesora, la señora Liardow, fué quien me proporcionó mi primera contrata. De la vida de Nápoles no he visto mucho más de lo que había conocido de la de París. Una vez en la escena, comprendí lo que me faltaba, y he trabajado cuanto era posible. Fuera de las representaciones y de los ensayos, veía poco á mis compañeras, y por eso me tachaban de orgullosa, aunque sin mostrarse muy resentidas conmigo. Leí mucho durante aquel año, y pude perfeccionarme en el italiano, preparándome así para mis verdaderos *debuts*, pues comprendía que antes de trabajar en París nada tendría para mí verdadero valor. Tal vez soy poco modesta; pero bien puedo decirse á ustedes dos: jamás he dudado de mi buen éxito, y cuando el Sr. Surgeres me solicitó para crear el papel de su heroína en París, quedé muy complacida, pero sin sorprenderme. Entonces fué cuando mi tía consintió en reunirse conmigo, y ahora las dos podremos disfrutar de una vida holgada y feliz. Quiero recibir á mis amigos, hacer música en mi casa, ser mujer de mundo á la vez que artista, y para esto, señor Macready, necesito su apoyo y sus consejos.

- No le faltarán á usted, querida Mila.

- ¿Y no se burlará usted de mí?

- Yo no lo sé. Usted me interesa siempre, pero soy un hombre excéntrico, y con frecuencia huyo de aquellos á quienes amo. Pregúnteselo usted á Villeroy: pienso en él, deseo que sea feliz, que se le aprecie, le quiero como si fuera de mi familia..., y he dejado pasar tres años sin darle la menor noticia de mi persona. Juzgue usted por esto.

- ¡Qué extraño me parece, repuso la joven, fijando en el americano la mirada de sus hermosos ojos con expresión de curiosidad, que se tenga todo lo

necesario para vivir dichoso y se ingenie uno para sufrir! Es usted un verdadero artista en este género, Sr. Macready. Bien vale la pena amar tanto á Ronsard; pero me parece que este profano profesaba una filosofía diferente de la de usted.

- Esté usted segura, Mila, de que Ronsard tenía momentos de espantosa tristeza. No se ve uno acosado hasta este punto por la idea de la muerte cuando se siguen al pie de la letra los consejos que da á los demás.

En aquel momento alguien levantó el tapiz, y entró la princesa Pignacci.

- Esperan á usted, señorita, dijo. Mila se levantó al punto.



¿No le complace que Mila del Paso sea obra de usted y le deba todo cuanto es?

- Olvidaba, contestó, que no soy aquí Mila Harcourt; ya sigo á usted, señora, y dispéñseme por haberla molestado...

- No me ha costado mucho encontrar á usted, pues ya conozco sus rincones predilectos, y no ignoraba que el Sr. Macready tendría mil cosas que decirle. Aceptaré usted su brazo para cruzar por los salones, y yo reclamo el de este caballero, añadió volviéndose hacia el músico.

En aquel momento la fiesta estaba muy animada, y había una compacta multitud, en la cual cesaron en parte las conversaciones. Todos miraban á Mila con marcada admiración, y su juventud y belleza ostentábanse alegremente en aquel centro de lujo. Adivinábase que había nacido para brillar, para reinar y triunfar siempre. La princesa, triste, pálida y tan flaca que daba miedo, era el antagonismo de la encantadora artista. También la gente fijó la atención en aquel desconocido á quien la hija de la casa dirigía algunas palabras, y que al parecer era torpe, no sabiendo apenas contestar.

En el inmenso salón de baile el concierto iba á comenzar; en un estrado veíanse un arpa, un violoncelo y varios violines, así como el piano de cola. Con la cabeza alta y la sonrisa en los labios, Mila se adelantó, molestando, sin cuidarse de ello, á más de una dama, é indiferente á los murmullos que sus modales provocaban. No era nada tímida la señorita del Paso; tenía los defectos y las cualidades de su país natal; pero su sonrisa alegre y la mirada de sus ojos corregían en gran parte, aunque no para todos, lo que había de atrevido en sus movimientos libres. La impresión que produjo antes de cantar no fué más

que medio buena. La princesa, que tenía detrás de su asiento á Villeroy, lo notó, y volviéndose á éste le dijo:

- La señorita del Paso es muy joven; se reconoce esto por el desdén con que mira la opinión pública; pero siempre es malo, y sobre todo inútil, crearse enemigos.

- Cuando cante, señora, todos quedarán subyugados.

- Tal vez sí. ¿Conoce usted su voz?

- La he oído una sola vez.

Para el *debut* de su protegida, la señora Milner había elegido la escena de los diamantes del *Fausto*, en primer lugar porque en un salón, á su modo de

ver, no se debe desorientar á los convidados, y en segundo porque una música muy conocida, aceptada por ambos mundos y en la cual se sabe bien dónde se debe aplaudir y dónde debe dejarse oír ese ligero murmullo de aprobación de los *diletanti*, es la más propia para el caso. Por otra parte, Margarita parecía estar deslumbrada por el brillo de las pedrerías: la señora Milner profesaba una secreta simpatía hacia esta debilidad de mujer.

Desde las primeras notas la atención vacilante se fijó. La leyenda sobre el origen indio de la joven artista y la manía del gran compositor francés, que impuso aquella extranjera á su director, no debilitaron seguramente la admiración, y ésta fué realmente sincera. La voz de Mila había alcanzado, si no la perfección, por lo menos una soltura, una amplitud y una riqueza de tono bastante raras. Cada nota era dulce y suave, sin el menor esfuerzo; y la joven cantaba con alegría, llenando el espacio con magnífica sonoridad. La señora Milner estaba contenta; aquel canto valía bien los mil francos.

Villeroy escuchaba como encantado, aunque no del todo satisfecho. El mecanismo era admirable, y la calidad del sonido exquisita; pero allí faltaba un poco el alma.

Sin embargo, la debutante obtuvo un éxito extraordinario, y no fueron

solamente aplausos de cumplido los que resonaron; todos aquellos hombres de mundo sintieron una impresión profunda, hallábanse subyugados; y sin pensar ya en criticar á la mujer, aclamaron á la cantante.

Mila, satisfecha y feliz en cuanto era posible, saludaba y sonreía, buscando al Sr. Macready con los ojos como para hacerle partícipe de su triunfo. De pronto vió á Francisco que, lejos de aplaudir, mostrábase un poco frío, y entonces, en medio de su alegría, experimentó una ligera sensación aguda muy desagradable; pero fué pasajera, porque todos la rodearon para felicitarla.

La princesa también había notado la actitud de Villeroy, y algo sorprendida le dijo:

- Tenía usted razón, caballero, la señorita del Paso ha conquistado ese público tan difícil de subyugar como lo es el de los salones; mas al parecer no le ha satisfecho. ¿Qué le falta?

- ¡Lo que le falta, señora, contestó bruscamente el músico, es haber llorado!

La princesa miró de nuevo al músico, y contestó muy sencillamente:

- ¡Pues entonces mas vale que sea siempre una artista incompleta!

Villeroy recordó de pronto la historia de aquella mujer reservada y fría, y arrepintiéndose de sus palabras; pero una vez dichas, ya no podía recogerlas.

Otros artistas ocuparon después el puesto de Mila, y luego la señora Milner, muy satisfecha de su protegida, le rogó que cantase de nuevo alguna otra pieza, pero no demasiado larga, porque los jóvenes querían bailar después del concierto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SUERO EQUINO FISIOLÓGICO

EN EL HOSPITAL DE NIÑOS POBRES DE BARCELONA

Cuando en diciembre de 1894 el Dr. Vidal Solares inició la idea de crear en el Hospital de Niños



EL DOCTOR VIDAL SOLARES,
director del Hospital de Niños Pobres de Barcelona

Pobres de Barcelona, por él fundado y dirigido, un laboratorio microbiológico de análisis químico, no fueron pocos los que creyeron que tal proyecto fracasaría, teniendo en cuenta lo difícil que es la instalación de un gabinete de esta clase provisto de todos los aparatos necesarios y la escasez de recursos con

que aquí desgraciadamente han de luchar estas fundaciones poco ó nada protegidas por los elementos oficiales.

No obstante, aceptado el pensamiento por la Junta directora del mencionado hospital, quiso ésta dar un ejemplo palpable de su amor á la humanidad, abriendo entre los individuos de la misma una suscripción que alcanzó la suma de 3.000 pesetas y que hecha pública elevóse á 11.652 pesetas. Con este pequeño capital adquirióse un excelente microscopio y cuantos aparatos eran necesarios para la buena marcha del laboratorio, en cuya creación é instalación han tomado parte principalísima el eminente microbiólogo D. Inocente Pauli, D. Gil Saltor y D. Pedro Pich, habiendo sido posteriormente agregados á este gabinete los facultativos Sres. Meseguer y Solo.

Es indudable que sin el entusiasmo humanitario de que tantas muestras tiene dadas el Sr. Vidal Solares, el laboratorio hubiera quedado, por decirlo así, en mantillas; pero gracias á los esfuerzos del director del hospital ha ido aquél aumentando progresivamente hasta el punto de que en la actualidad y aparte de los numerosos exámenes de falsas membranas, esputos, orina, leches, etc., se ha obtenido en él el suero antitóxico para combatir la difteria.

Pero no han parado aquí los servicios de tan beneficiosa instalación.

En atención á lo mucho que se propina el suero artificial, según fórmula del Dr. Cheron, para combatir la anemia grave, la gastro-enteritis y otras terribles enfermedades; teniendo en cuenta la semejanza de composición entre el suero artificial y el fisiológico y en vista de los satisfactorios resultados obtenidos con el uso del suero equino antitóxico, con el que por un lado se neutraliza la acción de los bacilos diftéricos mientras por otro se reconstituye, merced á los elementos constitutivos de aquél, el organismo de la criatura, ocurrióse al Dr. Vidal Solares utilizar el suero fisiológico del caballo, convenientemente esterilizado, para combatir los casos de atrepsia, entero-colitis, diarreas coleriformes de los niños, baile de San Vito, etc., etc., así como para ayudar las convalecencias de fiebres tifoideas y de otras graves enfermedades.

Los resultados de esta aplicación del suero fisiológico han sido admirables, y entre los varios casos ocurridos citaremos el del niño Andrés Duque, que á los trece meses de edad pesaba sólo cuatro kilogramos, ofrecía el aspecto de un esqueleto y padecía vómitos y diarrea que le habían llevado á un grado de postración extrema.

El Dr. Vidal Solares, después de haber acudido sin éxito á diversas fórmulas ordinarias, apeló, como medio en su concepto único para intentar la salvación del enfermito, á las inyecciones hipodérmicas del suero equino fisiológico: el resultado fué tan prodigioso, que á las diez inyecciones el niño estaba salvado, y su peso, á la edad de 16 meses, era de 11 kilogramos. Del aspecto de esta criatura después del empleo del suero fisiológico pueden juzgar nuestros lectores por el grabado de la siguiente página, tomado de una fotografía que reproducimos con la misma dedicatoria del agradecido padre al salvador de su hijo.

Para la obtención del suero en el Hospital de Niños Pobres se siguen con escrupulosa minuciosidad los principios que la ciencia impone y se adoptan las más minuciosas precauciones que la experimentación aconseja, porque aquel elemento, reconstituyente en grado sumo, es también tóxico, toxicidad que varía en cada especie, en cada individuo y en uno mismo según las condiciones de edad, sexo, salud, medio, alimentación, trabajo, época del año, número y fecha de las sangrías anteriores, etc. De ahí que precise en primer término elegir la especie de animal cuyo suero sea menos tóxico, y en segundo colocar al individuo en situación tal que determine las menores variantes posibles en su organismo. La primera condición se cumple escogiendo un animal como el caballo, que sin menoscabo del poder reconstituyente proporciona un suero de toxicidad mucho menor que otras especies zoológicas, á la vez que permite obtenerlo en la cantidad necesaria al fin que se le destina. La condición segunda se satisface utilizando un caballo adulto, sanguíneo, que se halle en el estado fisiológico mejor posible, y colocándolo antes y después de la sangría en buenas é invariables condiciones de higiene y régimen á fin de que la constitución químico-



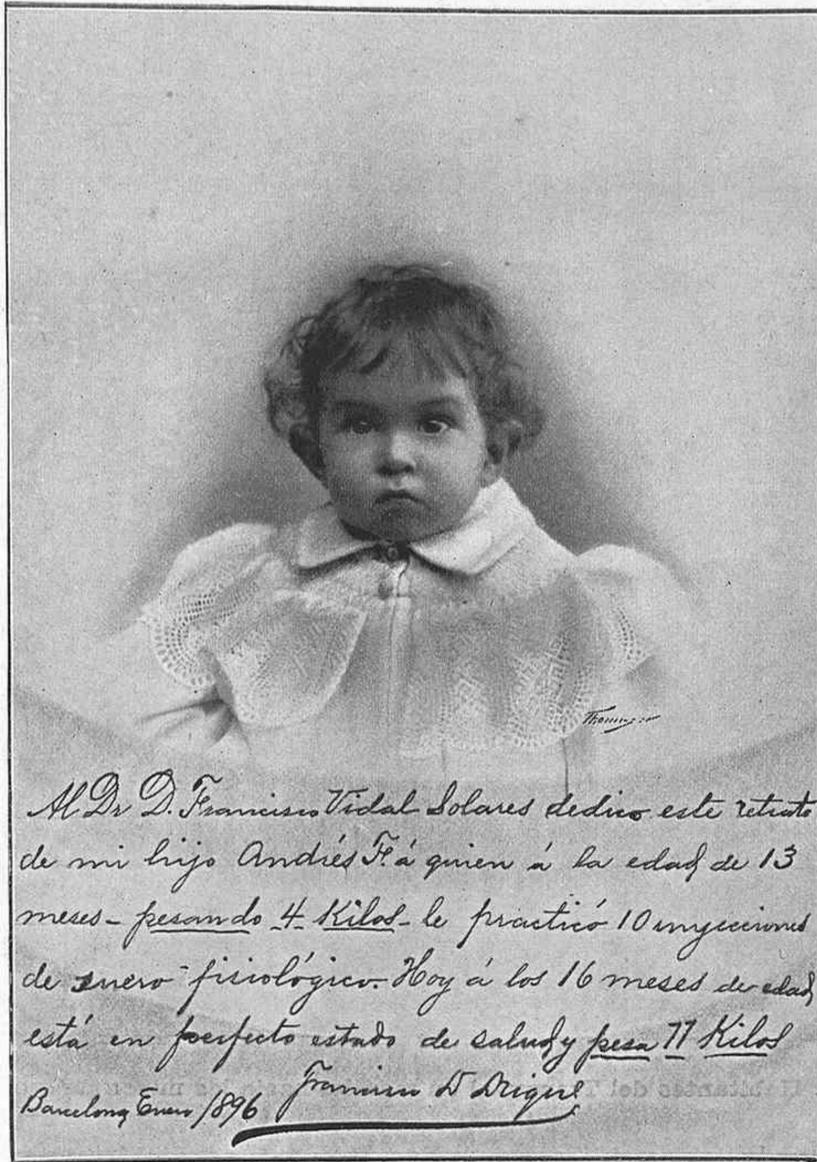
El suero equino fisiológico

Extracción de la sangre de un caballo para la preparación de este suero, por los Sres. Pich, Pauli y Meseguer en el Hospital de Niños Pobres

biológica del suero tenga toda la igualdad que permiten los conocimientos y medios que posee la ciencia.

Así procedió el Hospital de Niños Pobres de Barcelona escogiendo de entre los caballos que posee el denominado *Recogido*, de raza andaluza, de cerca de siete años de edad, entero, sanguíneo, de excelente estado de salud y desarrollo y con un peso de 457 kilogramos, caballo donado al hospital por el Excmo. Sr. marqués de Marianao, vocal de la Junta directiva del mismo. Este caballo es el que aparece en el grabado de la página anterior, que representa al profesor veterinario Sr. Pich, al médico Sr. Meseguer y al microbiólogo Sr. Pauli en el acto de extraer del animal la sangre necesaria para la preparación del suero fisiológico.

Digamos ahora algo del director del hospital. El Dr. Vidal Solares nació en Cárdenas, á los diez y nueve años recibió el título de Licenciado en Medicina y Cirugía y al año siguiente el de doctor, ambos con la nota de sobresaliente. En 1874 trasladóse á París, ingresando en el Hospital de las Clínicas, donde tuvo por maestro á M. Depaul, y al poco tiempo ganó entre 200 opositores una plaza en el Hospital de Niños Enfermos: entonces escribió un *Estudio sobre la difteria*, que premiaron con el título de académico la Sociedad francesa de Higiene, la Sociedad Anatómica de París y la Academia Médico-Quirúrgica jerezana, la cual le otorgó, además, una medalla de oro. Pocos meses después logró un nuevo triunfo, ganando en pública oposición el cargo de interno en el Hospital de Piedad, y en 1879 recibió la investidura de doctor en la facultad de Medicina de París: contaba en aquella sazón veinticinco años. Trasládose luego á Barcelona, y aquí fundó en 1890 un Dispensario gratuito para niños pobres, que á los dos años y merced á su infati-



Al Dr. D. Francisco Vidal Solares dedico este retrato de mi hijo Andrés F. á quien á la edad de 13 meses - pesando 4 Kilos - le practiqué 10 inyecciones de suero fisiológico. Hoy á los 16 meses de edad está en perfecto estado de salud y pesa 11 Kilos
Barcelona Enero 1896 Francisco D. Digne

Retrato de un niño después de sometido á las inyecciones del suero fisiológico

gable energía y á su constancia en solicitar de cuantos pueden y valen el apoyo y el concurso moral y material para su obra, ampliósese con un hospital que, como ha dicho muy bien un biógrafo del señor Vidal Solares, se sostiene exclusivamente por la caridad de muchos y el esfuerzo, abnegación y desinterés de uno solo.

Así nació el Hospital de Niños Pobres de Barcelona, en donde actualmente prestan sus servicios, además del director, especialistas tan reputados como los señores Martínez Vargas, Altabás, Borrás, Roca, Salvador, Berini, Meseguer, Saltor, Pauli, Brillas, Serrallach y otros, encargados de las enfermedades ordinarias de los niños, enfermedades especiales de los ojos, del oído, de la garganta y de la nariz, operaciones quirúrgicas y vacunaciones, aplicaciones de hidroterapia y electroterapia, etc., etc.

El hospital tiene también un *Instituto sueroterápico*, en donde se prepara el suero antidiftérico. Apenas se hizo público el descubrimiento del Dr. Roux, la Junta del hospital comisionó á los doctores Saltor, catedrático de Histología de la Facultad de Barcelona, y Comenge, director del Instituto de Higiene, para estudiar todas las cuestiones relativas al método sueroterápico, siendo resultado de aquella excursión la instalación del Instituto que tantos beneficios dispensa á los infelices niños atacados de la terrible enfermedad.

En el hospital se dan anualmente millares de asistencias facultativas y se facilitan gratis medicamentos y alimentos por una suma importantísima: este es el mejor elogio que puede hacerse de la institución fundada y sostenida por el Sr. Vidal Solares, quien con ella ha prestado un gran servicio á la humanidad y se ha conquistado con el aplauso de todos cuantos la conocen las bendiciones de los miles de infelices en ella socorridos. - X.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias medicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la **Energia vital**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richeheu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA VOZ y BOCA
 PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Habitantes del Transvaal en marcha hacia las minas de oro

El interés que han despertado en Europa los recientes acontecimientos de la República Sudafricana nos induce a añadir a los grabados ya publicados el anterior, que representa una expedición de mineros encaminándose hacia las ya famosas minas auríferas. El camino que va de Johannesburg a Charlestown,

término del ferrocarril de Natal, ofrece en la actualidad la mayor actividad y movimiento. Como la vía férrea no está aún concluida, los pasajeros y sus equipajes han de terminar su viaje en carros como el representado. La parte posterior de este vehículo se deja para los blancos, y la central y la anterior

para los negros y cafres. Cuando llega la noche, se desenganchan las mulas, y los viajeros toman en medio del campo algún refrigerio, mientras los cafres, hombres por lo general de buen humor, comen a su vez, cantan, bailan o se entretienen contando cuentos.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Solucion **BLANCARD**
 Comprimidos de Exalgina
 Con loduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 "PARIS, 31, Rue de Seine."

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^o FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.**
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 en Paris
 St-Denis 16

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **Intestinos**.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRÉ**, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de **AROUD**.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los **flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc.** Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. El doctor **HEURTELOUP**, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **flujos uterinos y hemorragias** en la **hemotisis tuberculosa**.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos **Asma**
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y Cia, Pcos 102, R. Richelieu, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN